

MORETO, AGUSTÍN (1618-1669)

EL DESDÉN CON EL DESDÉN

ÍNDICE:

Jornada primera
Jornada segunda
Jornada tercera

PERSONAS

CARLOS, conde de Urgel.
POLILLA, gracioso.
EL CONDE DE BARCELONA.
EL PRÍNCIPE DE BEARNE.
DON GASTÓN, conde de Fox.
DIANA.
CINTIA.
LAURA.
FENISA
MÚSICOS.

JORNADA PRIMERA

Salen Carlos y Polilla.

CARLOS
Yo he de perder el sentido
con tan estraña mujer.

POLILLA
Dame tu pena a entender,
señor, por recién venido.
Cuando te hallo en Barcelona
lleno de aplauso y honor,
donde tu heroico valor
todo su pueblo pregona;

cuando sobra a tus vitorias
ser Carlos, conde de Urgel,
y en el mundo no hay papel
donde se escriban tus glorias,
¿qué causa ha podido haber
de que estés tan mal guisado,
que por más que la he pensado
no la puedo comprender?

CARLOS

Polilla, mi desazón
tiene más naturaleza:
este pesar no es tristeza,
sino desesperación,

POLILLA

¿Desesperación? Señor,
que te enfrenes te aconsejo,
que tiras algo a bermejo.

CARLOS

No burles de mi dolor.

POLILLA

¿Yo burlar? Esto es templarte;
mas tu desesperación,
¿qué tanta es a esta sazón?

CARLOS

La mayor.

POLILLA

¿Cosa de ahorcarte?
Que, si no, poco te ahoga.

CARLOS

No te burles, que me enfado.

POLILLA

Pues si estás desesperado,
¿hago mal en darte sogá?

CARLOS

Si dejaras tu locura,
mi mal te comunicara;
porque la agudeza rara

de tu ingenio me asegura
que algún medio discurriera,
como otras veces me has dado,
con que alivie mi cuidado.

POLILLA

Pues, señor, ¡polilla fuera!
Desembucha tu pasión;
y no tenga tu cuidado,
teniéndola en el criado,
polilla en el corazón.

CARLOS

Ya sabes que a Barcelona,
del ocio de mis estados,
me trajeron los cuidados
de la fama que pregona
de Diana la hermosura,
desta corona heredera,
en quien la dicha que espera
tanto príncipe procura,
compitiendo en su deseo
gala, brío y discreción.

POLILLA

Ya sé que sin pretensión
veniste a este galanteo,
por lucir la bizarría
de tus heroicos blasones,
y que en todas las acciones
siempre te has llevado el día.

CARLOS

Pues oye mi sentimiento.

POLILLA

Ello ¿estás enamorado?

CARLOS

Sí estoy.

POLILLA

Gran susto me has dado.

CARLOS

Pues escucha.

POLILLA
Va de cuento.

CARLOS
Ya sabes cómo en Urgel
tuve, antes de mi partida,
del amor del de Bearne
y el de Fox larga noticia.
De Diana pretendientes,
dieron con sus bizarrías
voz a la fama, y asombro
a todas estas provincias.
El ver de amor tan rendidos
como la fama publica
dos príncipes tan bizarros,
que aun los alaba la envidia,
me llevó a ver si esto en ellos
era por galantería,
gusto, opinión o violencia
de su hermosura divina.
Entré, pues, en Barcelona;
vila en su palacio un día,
sin susto del corazón
ni admiración de la vista:
una hermosura modesta,
con muchas señas de tibia,
mas sin defecto común
ni perfección peregrina;
de aquellas en quien el juicio,
cuando las vemos queridas,
por la admiración apela
al no sé qué o a la dicha.
La ocasión de verme entre ellos
cuando al valor desafían
en públicas competencias,
con que el favor solicitan,
ya que no pudo a mi amor,
empeñó mi bizarría,
ya en fiestas y ya en torneos
y otras empresas debidas
al culto de una deidad,
a cuya soberanía
-sin el empeño de amor-
la obligación sacrifica.
Tuve en todas tal fortuna,

que, dejando deslucidas
sus acciones, salí siempre
coronado con las mías.
Y el vulgo, con el suceso,
la corona merecida
con la suerte dio a mi frente
por mérito, siendo dicha,
que cualquiera de los dos
que en ella me competía
la mereció más que yo.
Pero para conseguirla
tuve yo el faltar mi amor
y no tener la codicia
con que ellos la deseaban,
con que por fuerza fue mía;
que en los casos de la suerte,
por tema de su malicia,
se van siempre las venturas
a quien no las solicita.
Siendo, pues, mis alabanzas
de todos tan repetidas,
sólo en Diana hallé siempre
una entereza, tan hija
de su esquivia condición,
que, siendo mis bizarrías
dedicadas a su aplauso,
nunca me dejó noticia,
ya que no de favorable,
siquiera de agradecida.
Y esto con tanta esquivéz,
que en todos dejó la misma
admiración que en mis ojos,
pues la estraña demasía
de su entereza pasaba
del decoro la medida
y, excediendo de recato,
tocaba ya en grosería.
Que a las damas de tal nombre
puso el respeto dos líneas:
una es la desatención,
y otra, el favor; mas la avisa
que ponga entre ellas la planta
tan ajustada y medida,
que en una ni en otra toque:
porque si, de agradecida,
adelanta mucho el pie,

la raya del favor pisa,
y es ligereza; y si, entera,
mucho la planta retira,
por no tocar el favor
pisa en la descortesía.
Este error hallé en Diana,
que empeñó mi bizarría
a moverla por lo menos
a atención, si no a caricia;
y este deseo en las fiestas
me obligaba a repetirlas,
a buscar nuevos empeños
al valor y a la osadía.
Mas nunca pude sacar
de su condición esquiva
más que más causa a la queja
y más culpa a la malicia.
Desto nació el inquirir
si ella conmigo tenía
alguna aversión o queja,
mal fundada o presumida;
y averigüé que Diana,
del discurso las primicias,
con las luces de su ingenio,
le dio a la filosofía.
Deste estudio y la lición
de las fábulas antiguas,
resultó un común desprecio
de los hombres, unas iras
contra el orden natural
del Amor (con quien fabrica
el mundo a su duración
alcázares en que viva),
tan estable en su opinión,
que da con sentencia fija
el querer bien por pasión
de las mujeres indigna.
Tanto, que siendo heredera
desta corona, y precisa
la obligación de casarse,
la renuncia y desestima
por no ver que haya quien triunfe
de su condición altiva.
A su cuarto hace la selva
de Diana, y son las ninfas
sus damas, y en este estudio

las emplea todo el día.
Sólo adornan sus paredes
de las ninfas fugitivas
pinturas que persuaden
al desdén. Allí se mira
a Dafne huyendo de Apolo;
Anaxarte, convertida
en piedra por no querer;
Aretusa, en fuentecilla,
que al tierno llanto de Alfeo
paga en lágrimas esquivas.
Y viendo el Conde, su padre,
que en este error se confirma
cada día con más fuerza;
que la razón no la obliga,
que su riesgo no la ablanda
y con tal furia se irrita,
en hablándola de amor,
que teme que la encamina
a un furor desesperado,
que el medio más blando elija
le aconseja su prudencia,
y a los príncipes convida
para que, haciendo por ella
fiestas y galanterías,
sin la persuasión ni el ruego,
la naturaleza misma
sea quien lidie con ella,
por sí, teniendo a la vista
aplausos y rendimientos,
ansias, lisonjas, caricias,
su propio interés la vence
o la obligación la inclina;
que en quien la razón no labra
endurece la porfía
del persuadir, y no hay cosa
como dejar a quien lidia
con su misma sinrazón,
pues si ella misma le guía
al error, en dando en él,
es fuerza quedar vencida:
porque no hay, con el que a oscuras
por un mal paso camina,
para que vea su engaño,
mejor luz que la caída.
Habiendo ya averiguado

que esto en su opinión esquivaba
era desprecio común
y no repugnancia mía,
claro está que yo debiera
sosegarme en mi porfía;
y, considerando bien
opinión tan exquisita,
primero que a sentimiento
pudiera moverme a risa.
Pues, para que se conozca
la vileza más indigna
de nuestra naturaleza,
aquella hermosura misma
que yo antes libre miraba
con tantas partes de tibia,
cuando la vi desdeñosa,
por lo imposible, a la vista,
la que miraba común
me pareció peregrina.
¡Oh, bajeza del deseo!
Que aunque sea la codicia
de más precio lo que alcanza
que lo que se le retira,
sólo por la privación
de más valor lo imagina,
y da el precio a lo difícil,
que su mismo ser le quita.
Cada vez que la miraba,
más bella me parecía;
y iba creciendo en mi pecho
este fuego tan aprisa,
que, absorto de ver la llama,
a ver la causa volvía
y hallaba que aquella nieve
de su desdén, muda y tibia,
producía en mí este incendio.
¡Qué ejemplo para el que olvida!
Seguro piensa que está
el que en la ceniza fría
tiene ya su amor difunto:
¡qué engañado lo imagina!
Si amor se enciende de nieve,
¿quién se fía en la ceniza?
Corrido yo de mis ansias,
preguntaba a mis fatigas:
«¡Traidor corazón!, ¿qué es esto?

¿Qué es esto?, ¡aleves caricias!
La que neutral no os agrada
¿os parece bien esquiva?
La que vista no os suspende
¿cuando es ingrata os admira?
¿Qué le añade a la hermosura
el rigor que la ilumina?
¿Con el desdén es hermosa
.la que sin desdén fue tibia?
El desprecio ¿no es injuria?
La que desprecia ¿no irrita?
Pues la que no pudo afable,
¿por qué os arrastra enemiga?
La crueldad, a la hermosura,
¿el ser de deidad le quita?
Pues ¿qué, para mí la ensalza
305
lo que para sí la humilla?
Lo tirano, ¿se aborrece?
Pues a mí ¿cómo me obliga?
¿Qué es esto? ¿Amor? ¿Es acaso
hermosa la tiranía?
No es posible, no, esto es falso;
no es esto amor, ni hay quien diga
que arrastrar pudo inhumana
la que no movió divina.
Pues ¿qué es esto? ¿Esto no es fuego?
Sí, que mi ardor lo acredita;
no, que el hielo no le causa;
sí, que el pecho lo publica.
No puede ser, no es posible;
no, que a la razón implica.
Pues ¿qué será? Esto es deseo.
¿De qué? De mi muerte misma.
Yo mi mal querer no puedo...
Pues ¿qué será? ¿Una codicia
de aquello que se me aparta?
No, porque no lo quería
el corazón. ¿Esto es tema?
No. Pues, alma, ¿qué imaginas?
¿Bajeza es del pensamiento?
No es sino soberanía
de nuestra naturaleza,
cuya condición altiva
todo lo quiere rendir,
como superior se mira.

Y habiendo visto que hay pecho
que a su halago no se rinda,
el dolor deste desdén
le abrasa y le martiriza
y produce un sentimiento,
con que a desearse obliga
vencer aquel imposible.
Y ardiendo en esta fatiga,
como hay parte de deseo
y este deseo lastima,
parece efecto de amor,
porque apetece y aspira;
y no es sino un sentimiento
equivocado en caricia.»
Esto la razón discurre;
mas la voluntad, indigna,
toda la razón me arrastra
y todo el valor me quita.
Sea amor o sentimiento,
nieve, ardor, llama o ceniza,
yo me abraso, yo me rindo
a esta furia vengativa
de amor, contra la quietud
de mi libertad tranquila.
Y, sin esperanza alguna
de sosiego en mis fatigas,
yo padezco en mi silencio,
yo mismo soy de las iras
de mi dolor alimento;
mi pena se hace a sí misma,
porque, más que mi deseo,
es rayo que me fulmina
-aunque es tan digna la causa-
el ser la razón indigna,
pues mi ciega voluntad
se lleva y se precipita
del rigor, de la crueldad,
del desdén, la tiranía;
y muero, más que de amor,
de ver que a tanta desdicha,
quien no pudo como hermosa,
me arrastrase como esquivada.
Atento, señor, he estado,
y el suceso no me admira,
porque eso, señor, es cosa
que sucede cada día.

Mira: siendo yo muchacho,
había en mi casa vendimia,
y por el suelo las uvas
nunca me daban codicia.
Pasó este tiempo, y después
colgaron en la cocina
las uvas para el invierno;
y yo, viéndolas arriba,
rabiaba por comer dellas;
tanto, que trepando un día
por alcanzarlas, caí
y me quebré las costillas.
Este es el caso, él por él.

CARLOS

No el ser natural me alivia,
si es injusto el natural.

POLILLA

Dime, señor: ¿ella mira
con más cariño a otro?

CARLOS

No.

POLILLA

Y ellos ¿no la solicitan?

CARLOS

Todos vencerla pretenden.

POLILLA

Pues que cae más aprisa
apostaré.

CARLOS

¿Por qué causa?

POLILLA

Sólo porque es tan esquiva.

CARLOS

¿Cómo ha de ser?

POLILLA

Verbigracia:

¿viste una breva en la cima
de una higuera, y los muchachos,
que en alcanzarla porfían,
piedras la tiran a pares,
y aunque a algunas se resista,
al cabo, de aporreada
con las piedras que la tiran,
viene a caer más madura?
Pues lo mismo aquí imagina.
Ella está tiesa y muy alta;
tú tus pedradas la tiras;
los otros tiran las tuyas;
luego, por más que resista,
ha de venir a caer,
de una y otra a la porfía,
más madura que una breva.
Mas, cuidado a la caída,
que el cogerla es lo que importa;
que ella cairá, como hay viñas.

CARLOS

El Conde, su padre, viene.

POLILLA

Acompañado se mira
del de Fox y el de Bearne.

CARLOS

Ninguno tiene noticia
del incendio de mi pecho,
porque mi silencio abriga
el áspid de mi dolor.

POLILLA

Esa es mayor valentía.
Callar tu pasión mucho es,
¡vive Dios! ¿Por qué imaginas
que llaman ciego a quien ama?

CARLOS

Porque sus yerros no mira.

POLILLA

No tal.

CARLOS

Pues ¿por qué está ciego?

POLILLA

Porque el que ama al ciego imita.

CARLOS

¿En qué?

POLILLA

En cantar la Pasión
por calles y por esquinas.
Salen el Conde de Barcelona, el Príncipe de Bearne y Don
Gastón, conde de Fox.

CONDE

Príncipes, vuestro justo sentimiento,
mirado bien, no es vuestro, sino mío.
Ningún remedio intento
que no le venza el ciego desvarío
de Diana, en quien hallo
cada vez menos medios de enmendallo.
Ni del poder de padre a usar me atrevo,
ni del de la razón, porque se irrita
tanto cuando de amor hablarla pruebo,
que a más daño el furor la precipita.
Ella, en fin, por no amar ni sujetarse,
quiere morir primero que casarse.

D. GASTÓN

Esa, señor, es opinión aguda
de su discurso, a los estudios dado,
que el tiempo sólo o la razón la muda,
y sin razón estás desesperado.

CONDE

Conde de Fox, aunque verdad es ésta,
no me atrevo a empeñaros en la empresa
de que asistáis en vano a su hermosura,
faltando en vuestro estado a su asistencia.

BEARNE

Señor, con tu licencia,
el que es capricho injusto nunca dura;
y aunque el vencerle es dificultoso,
yo estoy perdiendo tiempo más airoso
(ya que a este intento de Bearne vine)

que dejando la empresa mi constancia:
porque es mayor desaire que imagine
nadie que la dejé por inconstancia,
ni eso crédito es de su hermosura
ni del honesto amor que la procura.

CARLOS

El Príncipe, señor, ha respondido
como galán, bizarro y caballero;
que aun en mí, que he venido
sin ese empeño, sólo aventurero,
a festejar no haciendo competencia,
dejar de proseguir fuera indecencia.

CONDE

Príncipes, lo que siento es empeñaros
en porfiar, cuando halla la porfía
de mayor resistencia indicios claros;
si la gala, el valor, la bizarría,
no la mueve ni inclina, ¿con qué intento
vencer imagináis su entendimiento?

POLILLA

Señor, un necio a veces halla un medio
que aprueba la razón. Si dais licencia,
yo me atreveré a daros un remedio,
con que, aunque ella aborrezca su presencia,
se le vayan los ojos, hechos fuentes,
tras cualquiera galán de los presentes.

CONDE

Pues ¿qué medio imaginas?

POLILLA

Como mío.
Hacer justas, torneos, a una ingrata,
es poner ollas a quien tiene hastío.
El medio es, que rendirla no dilata,
poner en una torre a la Princesa,
sin comer cuatro días ni ver mesa;
y luego han de pasar estos galanes
delante della, convidando a escote,
el uno con seis pollas y dos panes,
el otro con un plato de jigote;
y a mí me lleve el diablo, si los viere
y tras ellos corriendo no saliere.

CARLOS

¡Calla, loco, bufón!

POLILLA

¿Esto es locura?

Ejecútese el medio, y ¡a la prueba!

Sitien luego por hambre su hermosura,
y verán si los ojos no la lleva
quien sacare un vestido de camino
guarnecido de lonjas de tocino.

BEARNE

Señor, sola una cosa por mí pido,
que don Gastón también ha de querella:
nunca hablar a Diana hemos podido;
danos licencia tú de hablar con ella,
que el trato y la razón puede mudalla.

CONDE

Aunque la ha de negar, he de intentalla.
Pensad vosotros medios y ocasiones
de mover su entereza, que a escucharos
yo la sabré obligar con mis razones,
que es cuanto puedo hacer para ayudaros
a la empresa tan justa y deseada
de ver mi sucesión asegurada.

Vase.

BEARNE

Condes, crédito es de la nobleza
de nuestra heroica sangre la porfía
de rendir el desdén de su belleza;
juntos la hemos de hablar.

CARLOS

Yo compañía
al empeño os haré, mas no al deseo;
porque yo sin amor sigo este empleo.

D. GASTÓN

Pues ya que vós no estáis enamorado,
¿qué medios seguiremos de obligalla?
Que esto lo ve mejor el descuidado.

CARLOS

Yo un medio sé que mi silencio calla,
porque otro empeño es, que al proponelle
cualquiera de los dos ha de querelle.

BEARNE

Decís bien.

D. GASTÓN

Pues, Bearne, vamos luego
a imaginar festejos y finezas.

BEARNE

A introducir en su desdén el fuego.

D. GASTÓN

Ríndanse a nuestro incendio sus tibiezas.

CARLOS

Yo a eso asistiré.

BEARNE

Pues ¡a esta gloria!
Vanse.

CARLOS

Y del más feliz sea la vitoria.

POLILLA

Pues ¿qué es esto, señor? ¿Por qué has negado
tu amor?

CARLOS

He de seguir otro camino
de vencer un desdén tan desusado.
Ven, y yo te diré lo que imagino,
que tú me has de ayudar.

POLILLA

Eso no hay duda.

CARLOS

Allá has de entrar.

POLILLA

Seré Sinón y ayuda.

CARLOS

¿Sabráste introducir?

POLILLA

Y hacer pesquisas.

¿Yo Polilla no soy? ¿Eso previenes?

Me sabré introducir en sus camisas.

CARLOS

Pues ya a mi amor le doy los parabienes.

Vamos, que si eso importa a las marañas,
yo sabré apolillarle las entrañas.

Vanse.

Salen Músicos, Diana, Cintia y Laura y Damas.

MÚSICOS

Huyendo la hermosa Dafne,

burla de Apolo la fee;

sin duda le sigue un rayo,

pues la defiende un laurel.

DIANA

¡Qué bien que suena en mi oído
aquel honesto desdén!

¡Que hay mujer que quiera bien!

¡Que haya pecho agradecido!

CINTIA

(¡Que por error su agudeza

quiera el amor condenar

y, si lo es, quiera enmendar

lo que erró Naturaleza!)

DIANA

Ese romance cantad;

proseguid, que el que le hizo

bien conoció el falso hechizo

de esa tirana deidad.

MÚSICOS

Poca o ninguna distancia

hay de amar a agradecer;

no agradezca la que quiere

la vitoria del desdén.

DIANA

¡Qué bien dice! Amor es niño,
y no hay agradecimiento
que al primer paso, aunque lento,
no tropiece en su cariño.
Agradecer es pagar
con un decente favor;
luego quien paga el amor
ya estima el verse adorar.
Pues si estima, agradecida,
ser amada una mujer,
¿qué falta para querer
a quien quiere ser querida?

CINTIA

El agradecer, Diana,
es deuda noble y cortés:
la que agradecida es
no se infiere que es liviana.
Que agradece la razón
siempre en nosotras se infiere;
la voluntad es quien quiere...
Distintas las causas son;
luego si hay diversidad
en la causa y el intento,
bien puede el entendimiento
obrar sin la voluntad.

DIANA

Que haber puede estimación
sin amor es la verdad,
porque amar es voluntad
y agradecer es razón.
No digo que ha de querer
por fuerza la que agradece,
pero, Cintia, me parece
que está cerca de caer;
y quien desto se asegura
no teme o no ve el engaño,
porque no recela el daño
quien al riesgo se aventura.

CINTIA

El ser desagradecida
es delito descortés.

DIANA
Pero el agradecer es
peligro de la caída.

CINTIA
Yo el delito no permito.

DIANA
Ni yo un riesgo tan extraño.

CINTIA
Pues, por excusar un daño,
¿es bien hacer un delito?

DIANA
Sí, siendo tan contingente
el riesgo.

CINTIA
Pues ¿no es menor,
si es contingente, este error
que ese delito presente?

DIANA
No, que es más culpa el amar,
que falta el no agradecer.

CINTIA
¿No es mejor, si puede ser,
el no querer y estimar?

DIANA
No, porque a querer se ha de ir.

CINTIA
Pues ¿no puede allí parar?

DIANA
Quien no resiste a empezar,
no resiste a proseguir.

CINTIA
Pues el ser agradecida
¿no es mejor, si esto es ganancia,
y gastar esa constancia

en resistir la caída?

DIANA

No, que eso es introducirle
al amor; y, al desecharle,
no basta para arrojarle
lo que puede resistirle.

CINTIA

Pues cuando eso haya de ser,
más que a la atención faltar,
me quiero yo aventurar
al peligro de querer.

DIANA

¿Qué es querer? Tú hablas así,
o atrevida o sin cuidado;
sin duda te has olvidado
que estás delante de mí.
¿Querer se ha de imaginar?
¿En mi presencia querer?
Mas esto no puede ser...
Laura, volved a cantar.

MÚSICOS

No se fíe en las caricias
de Amor quien niño le ve;
que, con presencia de niño,
tiene decretos de rey.
Sale Polilla, de médico.

POLILLA

(¡Plegue al cielo que dé fuego
mi entrada!)

DIANA

¿Quién entra aquí?

POLILLA

Ego.

DIANA

¿Quién?

POLILLA

Mihi, vel mi;

scholasticus sum ego,
pauper et enamoratus.

DIANA
¿Vós enamorado estáis?
Pues ¿cómo aquí entrar osáis?

POLILLA
No, señora: escarmentatus.

DIANA
¿Qué os escarmentó?

POLILLA
Amor ruin;
y escarmentado en su error,
me he hecho médico de amor,
por ir de ruin a rocín.

DIANA
¿De dónde sois?

POLILLA
De un lugar.

DIANA
Fuerza es.

POLILLA
No he dicho poco,
que en latín lugar es loco.

DIANA
Ya os entiendo.

POLILLA
Pues ¡andar!

DIANA
¿Y a qué entráis?

POLILLA
La fama oí
de vós, con admiración
de tan rara condición.

DIANA

¿Dónde supistes de mí?

POLILLA

En Acapulco.

DIANA

¿Dónde es?

POLILLA

Media legua de Tortosa;
y mi codicia, ambiciosa
de saber curar después
del mal de amor, sarna insana,
me trajo a veros, por Dios,
por sólo aprender de vós.
Partíme luego a La Habana,
por venir a Barcelona,
y tomé postas allí.

DIANA

¿Postas en La Habana?

POLILLA

Sí.

Y me apeé en Tarragona,
de donde vengo hasta aquí,
como hace fuerte el verano,
a pie a pediros la mano.

DIANA

Y ¿qué os parece de mí?

POLILLA

Eso es fuerza que me aturda;
no tiene Amor mejor flecha
que vuestra mano derecha,
si no es que sacáis la zurda.

DIANA

¡Buen humor tenéis!

POLILLA

Ansí,

¿gusta mi conversación?

DIANA
Sí.

POLILLA
Pues con una ración
os podéis hartar de mí.

DIANA
Yo os la doy.

POLILLA
Beso... ¡Qué error!
¿Beso dije? Ya no beso.

DIANA
Pues ¿por qué?

POLILLA
El beso es el queso
de los ratones de amor.

DIANA
Yo os admito.

POLILLA
Dios delante;
mas sea con plaza de honor.

DIANA
¿No sois médico?

POLILLA
Hablador,
y así seré platicante.

DIANA
Y del mal de amor, que mata,
¿cómo curáis?

POLILLA
Al que es franco
curo con unguento blanco.

DIANA
¿Y sana?

POLILLA

Sí, porque es plata.

DIANA

¿Estáis mal con él?

POLILLA

Su nombre
me mata. Llamó al Amor
Averroes «hernia», un humor
que hila las tripas a un hombre.
Amor, señora, es congoja,
traición, tiranía villana,
y sólo el tiempo le sana,
suplicaciones y aloja.
Amor es quita-razón,
quita-sueño, quita-bien,
quitapelillos también,
que hará calvo a un motilón.
Y las que él obliga a amar
todas se acaban en quita:
Francisquita, Mariquita,
por ser todas al quitar.

DIANA

Lo que yo había menester
para mi divertimento
tengo en vós.

POLILLA

Con ese intento
vine yo desde Añover.

DIANA

¿Añover?

POLILLA

Él me crió;
que en este lugar estraño
se ven melones cada año,
y ansí Añover se llamó.

DIANA

¿Cómo os llamáis?

POLILLA

Caniquí.

DIANA

Caniquí, a vuestra venida
estoy muy agradecida.

POLILLA

Para las dueñas nací.

(Ya yo tengo introducción;
así en el mundo sucede:
lo que un príncipe no puede,
yo he logrado por bufón.
Si ahora no llega a rendilla
Carlos, sin maña se viene,
pues ya introducida tiene
en su pecho la polilla.)

LAURA

Con los príncipes tu padre
viene, señora, acá dentro.

DIANA

¿Con los príncipes? ¿Qué dices?
¿Qué intenta mi padre? ¡Cielos!
Si es repetir la porfía
de que me case, primero
rendiré el cuello a un cuchillo.

CINTIA

¿Hay tal aborrecimiento
de los hombres? ¿Es posible,
Laura, que el brío, el aliento
del de Urgel no la arrebaté?

LAURA

Que es hermafrodita pienso.

CINTIA

A mí me lleva los ojos.

LAURA

Y a mí el Caniquí, en secreto,
me ha llevado las narices,
que me agrada para lienzo.

Sale el Conde, con los tres Príncipes.

CONDE

Príncipes, entrad conmigo.

CARLOS

(Sin alma a sus ojos vengo;
no sé si tendré valor
para fingir lo que intento.
Siempre la hallo más hermosa.)

DIANA

¡Cielos! ¿Qué puede ser esto?

CONDE

¿Hija? ¿Diana?

DIANA

¿Señor?

CONDE

Yo, que a tu decoro atiendo
y a la deuda en que me ponen
los condes con tus festejos,
habiendo dellos sabido
que del retiro que has hecho
de su vista, están quejosos...

DIANA

Señor, que me des te ruego
licencia, antes que prosigas
ni tu palabra haga empeño
de cosa que te esté mal,
de prevenirte mi intento.
Lo primero es que contigo
ni voluntad tener puedo,
ni la tengo, porque sólo
mi albedrío es tu precepto.
Lo segundo es que el casarme,
señor, ha de ser lo mismo
que dar la garganta a un lazo
y el corazón a un veneno.
Casarme y morir es uno;
mas tu obediencia es primero
que mi vida. Esto asentado,
venga [a]hora tu decreto.

CONDE

Hija, mal has presumido,
que yo casarte no intento,
sino dar satisfacción
a los príncipes, que han hecho
tantos festejos por ti,
y el mayor de todos ellos,
que es pedirte por esposa,
siendo tan digno su aliento,
ya que no de tus favores,
de mis agradecimientos.
Y, no habiendo de otorgallo,
debe atender mi respeto
a que ninguno se vaya
sospechando que es desprecio,
sino aversión que tu gusto
tiene con el casamiento.
Y también que esto no es
resistencia a mi precepto,
cuando yo no te lo mando,
porque el amor que te tengo
me obliga a seguir tu gusto;
y pues tú, en seguir tu intento,
ni a mí me desobedeces
ni los desprecias a ellos,
dales la razón que tiene
para esta opinión tu pecho,
que esto importa a tu decoro
y acredita mi respeto.

Vase.

DIANA

Si eso pretendéis no más
oíd, que dárosla quiero.

D. GASTÓN

Sólo a ese intento venimos.

BEARNE

Y no estrañéis el deseo,
que más estraña es en vós
la aversión al casamiento.

CARLOS

Yo, aunque a saberlo he venido,
sólo ha sido con pretexto
-sin estrañar la opinión-
de saber el fundamento.

DIANA

Pues oíd, que ya le digo.

POLILLA

(¡Vive Dios, que es raro empeño!

¿Si hallará razón bastante?

Porque será bravo cuento
dar razón para ser loca.)

Desde que, al albor primero
con que amaneció al discurso

la luz de mi entendimiento,
vi el día de la razón,

fue de mi vida el empleo
el estudio y la lición

de la historia, en quien da el tiempo
escarmiento a los futuros
con los pasados ejemplos.

Cuantas ruinas y destrozos,
tragedias y desconciertos
han sucedido en el mundo
entre ilustres o plebeyos,
todas nacieron de Amor.

Cuanto los sabios supieron,
cuanto a la filosofía

moral liquidó el ingenio,
gastaron en prevenir

a los siglos venideros
el ciego error, la violencia,

el loco, el tirano imperio
de esa mentida deidad,

que se introduce en los pechos
con dulce voz de cariño,

siendo un volcán allá dentro.

¿Qué amante jamás al mundo
dio a entender de sus efectos

sino lástimas, desdichas,
lágrimas, ansias, lamentos,

suspiros, quejas, sollozos,
sonando con triste estruendo

para lastimar las quejas,

para escarmentar los ecos?

Si alguno correspondido
se vio, paró en un despeño,
que al que no su tiranía
se opuso el poder del Cielo.
Pues si quien se casa va
a amar por deuda y empeño,
¿cómo se puede casar
quien sabe de amor el riesgo?
Pues casarse sin amor
es dar causa sin efecto,
¿cómo puede ser esclavo
quien no se ha rendido al dueño?
¿Puede hallar un corazón
más indigno cautiverio
que rendirle su albedrío
quien no manda su deseo?
El obedecerle es deuda;
pues ¿cómo vivirá un pecho
con una obediencia afuera
y una resistencia adentro?
Con amor o sin amor,
yo, en fin, casarme no puedo:
con amor, porque es peligro;
sin amor, porque no quiero.

BEARNE

Dándome los dos licencia,
responderé a lo propuesto.

D. GASTÓN

Por mi parte yo os la doy.

CARLOS

Yo que responder no tengo,
pues la opinión que yo sigo
favorece aquel intento.

BEARNE

La mayor guerra, señora,
que hace el engaño al ingenio
es estar siempre vestido
de aparentes argumentos.
Dejando las consecuencias
que tiene Amor contra ellos,
que en un discurso engañado
suelen ser de menosprecio,

la experiencia es la razón
mayor que hay para venceros,
porque ella sola concluye
con la prueba del efecto.
Si vós os negáis al trato,
siempre estaréis en el yerro,
porque no cabe experiencia
donde se escusa el empeño.
Vós vais contra la razón
natural, y el propio fuero
de nuestra naturaleza
pervertís con el ingenio.
No neguéis vós el oído
a las verdades del ruego:
porque si es razón no amar,
contra la razón no hay riesgo;
y si no es razón, es fuerza
que os ha de vencer el tiempo,
y entonces será vitoria
publicar el vencimiento.
Vós defendéis el desdén:
todos vencerle queremos;
vós decís que eso es razón:
permitíos al festejo.
Haced escuela el desdén,
donde, en nuestro galanteo,
los intentos de obligaros
han de ser los argumentos.
Veamos quién tiene razón,
porque ha de ser nuestro empeño
inclinarnos al cariño
o quedar vencidos ellos.

DIANA

Pues para que conozcáis
que la opinión que yo llevo
es hija del desengaño,
y del error vuestro intento,
festejad, imaginad
cuantos caminos y medios
de obligar una hermosura
tiene Amor, halla el ingenio;
que desde aquí me permito
a lisonjas y festejos
con el oído y los ojos,
sólo para convenceros

de que no puedo querer
y que el desdén que yo tengo,
sin fomentarle el discurso,
es natural en mi pecho.

D. GASTÓN

Pues si argumento ha de ser
desde hoy nuestro galanteo,
todos vamos a argüir
contra el desdén y el despego.
Príncipes, de la razón
y de amor es ya el empeño;
cada uno un medio elija
de seguir este argumento;
veamos, para concluir,
quién elige mejor medio.

Vase.

BEARNE

Yo voy a escoger el mío,
y de vos, señora, espero
que habéis de ser contra vos
el más agudo argumento.

Vase.

CARLOS

Pues yo, señora, también,
por deuda de caballero,
proseguiré en festejaros,
mas será sin ese intento.

DIANA

Pues ¿por qué?

CARLOS

Porque yo sigo
la opinión de vuestro ingenio;
mas aunque es vuestra opinión,
la mía es con más extremo.

DIANA

¿De qué suerte?

CARLOS

Yo, señora,
no sólo querer no quiero,
mas ni quiero ser querido.

DIANA

Pues ¿en ser querido hay riesgo?

CARLOS

No hay riesgo, pero hay delito:
no hay riesgo, porque mi pecho
tiene tan establecido
el no amar en ningún tiempo,
que si el cielo compusiera
una hermosura de extremos
y ésta me amara, no hallara
correspondencia en mi afecto;
hay delito, porque cuando
sé yo que querer no puedo,
amarme y no amar sería
faltar mi agradecimiento.
Y así yo, ni ser querido
ni querer, señora, quiero,
porque temo ser ingrato
cuando sé yo que he de serlo.

DIANA

Luego ¿vós me festejáis
sin amarme?

CARLOS

Eso es muy cierto.

DIANA

Pues ¿para qué?

CARLOS

Por pagaros
la veneración que os debo.

DIANA

¿Y eso no es amor?

CARLOS

¡Amor!
No, señora, esto es respeto.

POLILLA

(¡Cuerpo de Cristo! ¡Qué lindo!
¡Qué bravo botón de fuego!
Échala de ese vinagre
y verás, para su tiempo,
qué bravo escabeche sale.)

DIANA

(Cintia, ¿has oído a este necio?
¿No es graciosa su locura?)

CINTIA

Soberbia es.

DIANA

¿No será bueno
enamorar a este loco?

CINTIA

Sí, mas hay peligro en eso.

DIANA

¿De qué?

CINTIA

Que tú te enamores
si no logras el empeño.

DIANA

Ahora eres tú más necia,
pues ¿cómo puede ser eso?
¿No me mueven los rendidos
y ha de arrastrarme el soberbio?

CINTIA

Esto, señora, es aviso.

DIANA

Por eso he de hacer empeño
de rendir su vanidad.

CINTIA

Yo me holgaré mucho dello.

DIANA

Proseguid la bazarria,

que yo ahora os la agradezco
con mayor estimación,
pues sin amor os la debo.

CARLOS

¿Vós agradecéis, señora?

DIANA

Es porque con vós no hay riesgo.

CARLOS

Pues yo iré a empeñaros más.

DIANA

Y yo voy a agradecerlo.

CARLOS

Pues mirad que no queráis,
porque cesaré en mi intento.

DIANA

No me costará cuidado.

CARLOS

Pues, siendo ansí, yo lo aceto.

DIANA

Andad. Venid, Caniquí.

CARLOS

¿Qué decís?

POLILLA

Soy yo ese lienzo.

DIANA

Cintia, rendido has de verle.

CINTIA

Sí será, pero yo temo
que se te trueque la suerte.
(Y eso es lo que yo deseo.)

Vanse.

DIANA

Mas ¿oís?

CARLOS
¿Qué me queréis?

DIANA
Que si acaso os muda el tiempo...

CARLOS
¿A qué, señora?

DIANA
A querer.

CARLOS
¿Qué he de hacer?

DIANA
Sufrir desprecios.

CARLOS
¿Y si en vós hubiese amor?

DIANA
Yo no querré.

CARLOS
Ansí lo creo.

DIANA
Pues ¿qué pedís?

CARLOS
Por si acaso...

DIANA
Ese acaso está muy lejos.

CARLOS
¿Y si llega?

DIANA
No es posible.

CARLOS
Supongo.

DIANA
Yo lo prometo.

CARLOS
Eso pido.

DIANA
Bien está.
Quede así.

CARLOS
Guárdeos el Cielo.

DIANA
(Aunque me cueste un cuidado,
he de rendir este necio.)

Vase.

POLILLA
Señor, buena va la danza.

CARLOS
Polilla, yo estoy muriendo;
todo mi valor ha habido
menester mi fingimiento.

POLILLA
Señor, llévalo adelante,
y verás si no da fuego.

CARLOS
Eso importa.

POLILLA
Ven, señor,
que ya yo estoy acá dentro.

CARLOS
¿Cómo?

POLILLA
Con lo Caniquí,
me he hecho ya lienzo casero.

JORNADA SEGUNDA

Salen Carlos y Polilla

CARLOS

Polilla amigo, el pesar
me quitas. Dale a mi amor
alivio.

POLILLA

Aspacio, señor,
que hay mucho que confesar.

CARLOS

Dímelo todo, que lucha
con mi cuidado mi amor.

POLILLA

¿Quieres besarme, señor?
Apártate allá y escucha.
Lo primero, estos bobazos
destos príncipes, ya sabes
que en fiestas y asuntos graves
se están haciendo pedazos.
Fiesta tras fiesta no tarda,
y con su desdén tirano
hacer fiestas es en vano,
porque ella no se las guarda.
Ellos gastan su dinero,
sin que con ello la obliguen,
y de enamorarla siguen
el camino carretero;
y ellos mismos son testigos
que van mal, que esta mujer
el alcanzarla ha de ser
echando por esos trigos.
Y es tan cierta esta opinión,
que, con tu desdén fingido,
de tal suerte la has herido,
que ha pedido confesión;
y con mi bellaquería
su pecho ha comunicado,
como ella me ha imaginado

doctor desta teología.
Para rendirte, un intento
siempre a preguntarme sale.
¡Mira tú de quién se vale
para que se yerre el cuento!
Yo dije con voz madura:
«Si eso en cuidado te tray,
para obligarle no hay
medio como tu hermosura.
Hazle un favor, golpe en bola,
de cuando en cuando al cuitado,
y, en viéndole enamorado,
vuélvete y dile ¡mamóla!».
Ella de mi parecer
se ha agradado de tal arte,
que ya está en galantearte.
Mas ahora es menester
que con ceño impenetrable,
aunque parezcas grosero,
siempre tú estés más entero
que bolsa de miserable.
No te piques con la salsa,
no piense tu bobería
que está la casa vacía
por ver la cédula falsa,
porque ella la trae pegada,
y si tú vas a leella,
has de hallar que dice en ella:
«Aquí no se alquila nada».

CARLOS

Y de eso ¿qué ha de sacarse?

POLILLA

Que se pique esta mujer.

CARLOS

Pues ¿cómo puedes saber
que ha de venir a picarse?

POLILLA

¿Cómo picarse? ¡Eso es bueno!
Si ella lo finge diez días
y tú della te desvías,
te ha de querer al onceno,
a los doce ha de rabiar

y a los trece me parece
que, aunque ella se esté en sus trece,
te ha de venir a rogar.

CARLOS

Yo pienso que dices bien;
mas yo temo de mi amor
que si ella me hace un favor
no sepa hacerla un desdén.

POLILLA

¡Qué más dijera una niña!

CARLOS

Pues ¿qué haré?

POLILLA

Mostrarte helado.

CARLOS

¿Cómo, si estoy abrasado?

POLILLA

Beber mucha garapiña.

CARLOS

Yo he de esforzar mi cuidado.

POLILLA

¡Ansí pesia mi memoria,
que lo mejor de la historia
es lo que se me ha olvidado!
Ya sabes que ahora son
Carnestolendas.

CARLOS

¿Y pues?

POLILLA

Que en Barcelona uso es
desta gallarda nación,
que con fiestas se divierte,
llevar, sin nota en su fama,
cada galán a su dama.
Esto en palacio es por suerte:
ellas eligen colores,

pide uno el galán que viene,
y la dama que le tiene
va con él, y a hacer favores
al galán el día la empeña,
y él se obliga a ser su imán,
y es gusto, porque hay galán
que suele ir con una dueña.
Esto supuesto, Diana
contigo el ir ha dispuesto,
y no sé, por lograr esto,
cómo han puesto la pavana;
ello está trazado ya.
Mas ella sale. Hacia allí
te esconde, no te halle aquí,
porque lo sospechará.

CARLOS

Persuade tú a su desvío
que me enamore.

POLILLA

Es forzoso.
Tú eres enfermo dichoso,
pues te cura el beber frío.
Salen Diana, Cintia y Laura.

DIANA

Cintia, este medio he pensado
para rendirle a mi amor:
yo he de hacerle más favor.
Todas, como os he mandado,
como yo habéis de traer
cintas de todas colores,
con que al pedir los favores
podréis cualquiera escoger
el galán que os pareciere,
pues cualquier color que pida
ya la tenéis prevenida;
y la que el de Urgel pidiere,
dejádmela para mí.

CINTIA

Gran vitoria has de alcanzar
si le sabes obligar
a quererte.

DIANA
¿Caniquí?

POLILLA
¡Oh, luz deste firmamento!

DIANA
¿Qué hay de nuevo?

POLILLA
Me he hecho amigo
de Carlos.

DIANA
Mucho me obligo
de tu cuidado.

POLILLA
Ansí intento
ser espía y del Consejo.
Aparte.
No es mi prevención muy vana,
que esto es echarle botana,
por si se sale el pellejo.

DIANA
Y ¿no has descubierto nada
de lo que yo dél procuro?

POLILLA
¡Ay, señora, está más duro
que huevo para ensalada!
Pero yo sé tretas bravas
con que has de hacerle bramar.

DIANA
Pues tú lo has de gobernar.

POLILLA
(¡Ay, pobreta, que te clavas!)

DIANA
Mil escudos te apercibo,
si tú su desdén allanas.

POLILLA

Sí haré: el emplasto de ranas
pone por madurativo.
Y si le vieses querer,
¿qué harás después de tentalle?

DIANA
¿Qué? Ofendelle, desprecialle,
ajalle y dalle a entender
que ha de rendir sus sosiegos
a mis ojos por despojos.

CARLOS
(¡Fuego de amor en tus ojos!)

POLILLA
(¡Qué gran gusto es ver dos juegos!)
Digo, ¿y no sería mejor,
después de haberle rendido,
tener piedad del caído?

DIANA
¿Qué llamas piedad?

POLILLA
De amor.

DIANA
¿Qué es amor?

POLILLA
Digo, querer,
así al modo de empezar,
que aquesto de pellizcar
no es lo mismo que comer.

DIANA
¿Qué es lo que dices? ¿Querer?
¿Yo me había de rendir?
Aunque le viera morir,
no me pudiera mover.

CARLOS
(¿Hay mujer más singular?
¡Oh, cruel!

POLILLA

Déjame hacer,
que no sólo ha de querer,
¡vive Dios!, sino envidar.)

CARLOS
(Yo salgo. ¡El alma se abrasa!)

POLILLA
Carlos viene.

DIANA
Disimula.

POLILLA
(¡Lástima es que tome bula!
¡Si supiera lo que pasa!)

DIANA
Cintia, avisa cuando es hora
de ir al sarao.

CINTIA
Ya he mandado
que estén con ese cuidado.

CARLOS
Y yo el primero, señora,
vengo, pues es deuda igual,
a cumplir mi obligación.

DIANA
Pues ¿cómo sin afición
sois vós el más puntual?

CARLOS
Como tengo el corazón
sin los cuidados de amar,
tiene el alma más lugar
de cumplir su obligación.

POLILLA
Hazle un favorcillo al vuelo,
por si más grato le ves.

DIANA
Eso procuro.

POLILLA
(Esto es
hacerla escupir al cielo.)

DIANA
Mucho, no teniendo amor,
vuestra asistencia me obliga.

CARLOS
Si es mandarme que prosiga,
sin hacerme ese favor,
lo haré yo, porque obligada
a eso mi atención está.

DIANA
Poca lumbre el favor da.

POLILLA
Está la yesca mojada.

DIANA
Luego ¿al favor que os hago
no le dais estimación?

CARLOS
Eso con veneración,
mas no con amor, le pago.

POLILLA
(¡Necio, ni aun así le pagues!)

CARLOS
¿Qué quieres? Templa mi ardor,
aunque es fingido, el favor.

POLILLA
(Pues enjuá[ga]te y no tragues.)

DIANA
¿Qué le has dicho?

POLILLA
Que, al oíllos,
agradezca tus favores.

DIANA
Bien haces.

POLILLA
(Esto es, señores,
engañar a dos carrillos.)

DIANA
Si yo a querer algún día
me inclinase, fuera a vós.

CARLOS
¿Por qué?

DIANA
Porque entre los dos
hay oculta simpatía:
el llevar vós mi opinión
es ser vós del genio mío;
y, a sufrirlo mi albedrío,
fuera a vós mi inclinación.

CARLOS
Pues hicierais mal.

DIANA
No hiciera,
que sois galán.

CARLOS
No es por eso.

DIANA
¿Por qué?

CARLOS
Porque os confieso
que yo no os correspondiera.

DIANA
Pues si os viérades amar
de una mujer como yo,
¿no me quisiérades?

CARLOS
No.

DIANA
Claro sois.

CARLOS
No sé engañar.

POLILLA
(¡Oh, pecho heroico y valiente!
Dale por esos ijares.
Si tú no se la pegares,
me la peguen en la frente.)

DIANA
(Mucho al enojo me acerco.
¡Tal desahogo no he visto!

POLILLA
Desvergüenza es, ¡vive Cristo!

DIANA
¿Has visto tal?

POLILLA
¡Es un puerco!

DIANA
¿Qué haré?

POLILLA
Meterle en la danza
de amor, y a puro desdén
quemarle.

DIANA
Tú dices bien,
que esa es la mayor venganza.)
Yo os tuve por más discreto.

CARLOS
Pues ¿qué he hecho contra razón?

DIANA
¡Eso es ya desatención!

CARLOS

No ha sido sino respecto.
Y porque veáis que es error
que haya en el mundo quien crea
que el que quiere lisonjea,
oíd de mí lo que es amor.
Amar, señora, es tener
inflamado el corazón
con un deseo de ver
a quien causa esta pasión,
que es la gloria del querer.
Los ojos, que se agradaron
de algún sujeto que vieron,
al corazón trasladaron
las especies que cogieron
y esta inflamación causaron.
Su hidrópico ardor procura
apagar de sus antojos
la sed viendo la hermosura;
mas crece la calentura
mientras más beben los ojos.
Siendo esta fiebre mortal,
quien corresponde al amor
bien se ve que es desleal,
pues le remedia el dolor,
dando más fuerzas al mal.
Luego el que amado se viere,
no obliga en corresponder,
si daña, como se infiere.
Pues oíd cómo en querer
tampoco obliga el que quiere.
Quien ama con fee más pura
pretende de su pasión
aliviar la pena dura
mirando aquella hermosura
que adora su corazón.
El contento de miralla
le obliga al ansia de vella:
esto, en rigor, es amalla;
luego aquel gusto que halla
le obliga solo a querella.
Y esto mejor se percibe
del que aborrecido está,
pues aquél amando vive,
no por el gusto que da,
sino por el que recibe.
Los que aborrecidos son

de la dama que apetecen,
no sienten la desazón
porque causa su pasión,
sino porque ellos padecen.
Luego si por su tormento
el desdén siente quien ama,
el que quiere más atento
no quiere el bien de su dama,
sino su propio contento.
A su propia conveniencia
dirige Amor su fatiga;
luego es clara consecuencia
que ni con amor se obliga,
ni con su correspondencia.

DIANA

El amor es una unión
de dos almas, que su ser
truecan por transformación,
donde es fuerza que ha de haber
gusto, agrado y elección.
Luego si el gusto es después
del agrado y la elección,
y ésta voluntaria es,
ya le debo obligación,
si no amante, de cortés.

CARLOS

Si vuestra razón infiere
que el que ama hace obligación,
¿por qué os ofende el que quiere?

DIANA

Porque yo tendré razón
para lo que yo quisiere.

CARLOS

Y ¿qué razón puede ser?

DIANA

Yo otra razón no prevengo
más que quererla tener.

CARLOS

Pues esa es la que yo tengo
para no corresponder.

DIANA

¿Y si acaso el tiempo os muestra
que vence vuestra porfía?

CARLOS

Siendo una la razón nuestra,
si se venciere la mía,
no es muy segura la vuestra.
Suenan los instrumentos.

LAURA

Señora, los instrumentos
ya de ser hora dan señas
de comenzar el sarao
para las Carnestolendas.

POLILLA

Y ya los príncipes vienen.

DIANA

Tened todas advertencia
de prevenir los colores.

POLILLA

¡Ah, señor, estar alerta!

CARLOS

¡Ay, Polilla, lo que finjo
toda una vida me cuesta!

POLILLA

Calla, que de enamoralla
te hartarás al ir con ella,
por la obligación del día.

CARLOS

Disimula, que ya llegan.

Salen los Príncipes

y los Músicos cantando.

MÚSICOS

Venid los galanes
a elegir las damas,
que en Carnestolendas

Amor se disfraza.

Falarala, larala, etc.

BEARNE

Dudoso vengo, señora,
pues, teniendo corta estrella,
vengo fiado en la suerte.

D. GASTÓN

Aunque mi duda es la misma,
el elegir la color
me toca a mí, que el ser buena,
pues le toca a mi fortuna,
ella debe cuidar della.

DIANA

Pues sentaos, y cada uno
elija color, y sea
como es uso, previniendo
la razón para escogella,
y la dama que le tiene
salga con él, siendo deuda
el enamorarla en él
y el favorecerle en ella.

MÚSICOS

Venid los galanes
a elegir las damas, etc.

BEARNE

Esta es acción de fortuna,
y ella, por ser loca y ciega,
siempre le da lo mejor
a quien menos partes tenga.
Por ser yo el de menos partes,
es forzoso que aquí sea
quien tiene más esperanza,
y así el escoger es fuerza
el color verde.

CINTIA

(Si yo
escojo de lo que queda,
después de Carlos, yo elijo
al de Bearne.) Yo soy vuestra,

que tengo el verde. Tomad.
Dale una cinta verde.

BEARNE

Corona, señora, sea
de mi suerte el favor vuestro,
que, a no serlo, elección fuera.

Danzan una mudanza y pónense mascarillas
y retíranse a un lado, quedando en pie.

MÚSICOS

Vivan los galanes
con sus esperanzas,
que para ser dichas
el tenerlas basta.

Falarala, larala, [etc.]

D. GASTÓN

Yo nunca tuve esperanza,
sino envidia, pues cualquiera
debe más favor que yo
a las luces de su estrella;
y, pues siempre estoy celoso,
azul quiero.

FENISA

Yo soy vuestra,
que tengo el azul. Tomad.
Dale una azul.

D. GASTÓN

Mudar de color pudiera,
pues ya, señora, mi envidia
con tan buena suerte cesa.
Danzan, y retíranse.

MÚSICOS

No cesan los celos
por lograr la dicha,
pues los hay entonces
de los que la envidian.

Falarala, falarala, [etc.]

POLILLA

Y yo ¿he de elegir color?

DIANA

Claro está.

POLILLA

Pues vaya fuera,
que ya salirme quería
a la cara, de vergüenza.

DIANA

¿Qué color pides?

POLILLA

Yo tengo
hecho el buche a damas feas,
de suerte que habrá de ser
muy mala la que me quepa.
De las damas que aquí miro
no hay ninguna que no sea
como una rosa, y pues yo
la he de hacer mala por fuerza,
por si ella es como una rosa,
yo la quiero rosa seca.
Rosa seca, sal acá.
¿Quién le tiene?

LAURA

Yo soy vuestra,
que tengo el color. Tomad.
Dale una cinta.

POLILLA

¿Yo aquí he de favorecerla
y ella a mí ha de enamorarme?

LAURA

No, sino al revés.

POLILLA

Pues vuelta:
enamóreme al revés.

LAURA

Que no ha de ser eso, bestia,

sino enamorarme tú.

POLILLA

¿Yo? Pues toda la manteca,
hecha pringue en la sartén,
a tu blancura no llega,
ni con tu pelo se iguala
la frisa de la bayeta,
ni dos ojos de jabón
más que los tuyos blanquean;
ni siete bocas hermosas,
las unas tras otras puestas,
son tanto como la tuya;
y no hablo de pies y piernas,
porque no hilo tan delgado,
que aunque yo con tu belleza
he caído, no he caído,
pues no cae el que no peca.
Danzan y retíranse.

MÚSICOS

Quien a rosas secas
su elección inclina,
tiene amor de rosas
y temor de espinas.

Falarala, etc.

CARLOS

Yo a elegir quedo el postrero,
y ha sido por la violencia
que me hace la obligación
de haber de fingir finezas;
y pues ir contra el dictamen
del pecho es enojo y pena,
para que lo signifique,
de los colores que quedan,
pido el color nacarado.
¿Quién le tiene?

DIANA

Yo soy vuestra,
que tengo el nácar. Tomad.
Dale una cinta de nácar.

CARLOS

Si yo, señora, supiera
el acierto de mi suerte,
no tuviera por violencia
fingir amor, pues ahora
le debo tener de veras.
Danzan y retíranse.

MÚSICOS

Iras significa
el color de nácar;
el desdén no es ira;
quien tiene iras ama.

Falarala, etc.

POLILLA

Ahora te puedes dar
un hartazgo de finezas:
come para quince días,
mas no te ahítes con ellas.

DIANA

Guíe la música, pues,
a la plaza de las fiestas,
y ya galanes y damas
vayan cumpliendo la deuda.

MÚSICOS

Vayan los galanes
todos con sus damas,
que en Carnestolendas
Amor se disfraza.

Falarala, etc.

Vanse todos de dos en dos,
y al entrar se detienen Diana y Carlos.

DIANA

(Yo he de rendir este hombre,
o he de condenarme a necia.)
¡Qué tibio galán hacéis!
Bien se ve en vuestra tibieza
que es violencia enamorar;
y siendo el fingirlo fuerza,
no saberlo hacer no es falta

de amor, sino de agudeza.

CARLOS

Si yo hubiera de fingirlo
no tan remiso estuviera,
que donde no hay sentimiento
está más prompta la lengua.

DIANA

Luego ¿estáis enamorado
de mí?

CARLOS

Si no lo estuviera,
no me atara este temor.

DIANA

¿Qué decís? ¿Habláis de veras?

CARLOS

Pues si el alma lo publica,
¿puede fingirlo la lengua?

DIANA

Pues ¿no dijistes que vós
no podéis querer?

CARLOS

Eso era
porque no me había tocado
el veneno desta flecha.
¿Qué flecha?

CARLOS

La desta mano,
que el corazón me atraviesa;
y, como el pez que introduce
su venenosa violencia
por el hilo y por la caña
y al pescador pasma y hiela
el brazo con que la tiene,
a mí el alma me penetra
el dulce, ardiente veneno
que de vuestra mano bella
se introduce por la mía
y hasta el corazón me llega.

DIANA

(Albricias, ingenio mío,
que ya rendí su soberbia.
Ahora probará el castigo
del desdén de mi belleza.)
Que, en fin, ¿vós no imaginabais
querer, y queréis de veras?

CARLOS

Toda el alma se me abrasa,
todo mi pecho es centellas.
Temple en mí vuestra piedad
este ardor que me atormenta.

DIANA

Soltad. ¿Qué decís? Soltad.
Quítase la mascarilla Diana y suéltale la mano.
¿Yo favor? La pasión ciega
para el castigo os disculpa,
mas no para la advertencia.
¿A mí me pides favor
diciendo que amáis de veras?

CARLOS

(¡Cielos, yo me despeñé!
Pero válgame la enmienda.)

DIANA

¿No os acordáis de que os dije
que en queriéndome era fuerza
que sufriéseis mis desprecios
sin que os valiese la queja?

CARLOS

Luego ¿de veras habláis?

DIANA

Pues ¿vós no queréis de veras?

CARLOS

¿Yo, señora? Pues ¿se pudo
trocar mi naturaleza?
¿Yo querer de veras? ¿Yo?
¡Jesús, qué error! ¿Eso piensa
vuestra hermosura? ¿Yo amor?

Pues, cuando yo le tuviera,
de vergüenza le callara.
Esto es cumplir con la deuda
de la obligación del día.

DIANA

¿Qué decís? ¡Yo estoy muerta!
¿Que no es de veras? ¿Qué escucho?
Pues ¿cómo aquí? (¡Hablar no acierta
mi vanidad, de corrida!)

CARLOS

Pues vos, siendo tan discreta,
¿no conocéis que es fingido?

DIANA

Pues ¿aquello de la flecha,
del pez, el hilo y la caña,
y decir que el desdén era
porque no os había tocado
del veneno la violencia?

CARLOS

Pues eso es fingirlo bien.
¿Tan necio queréis que sea
que cuando a fingir me pongo
lo finja sin apariencias?

DIANA

(¿Qué es esto que me sucede?
¿Yo he podido ser tan necia
que me haya hecho este desaire?
Del incendio desta afrenta
el alma tengo abrasada.
Mucho temo que lo entienda.
Yo he de enamorar a este hombre,
si toda el alma me cuesta.)

CARLOS

Mirad que esperan, señora.

DIANA

(¡Que a mí este error me suceda!)
Pues ¿cómo vos...?

CARLOS

¿Qué decís?

DIANA

(¿Qué iba yo a hacer? ¡Ya estoy ciega!)
Poneos la máscara y vamos.

CARLOS

(No ha sido mala la emienda.
¿Así trata el rendimiento?
¡Ah, cruel! ¡Ah, ingrata! ¡Ah, fiera!
¡Yo echaré sobre mi fuego
toda la nieve del Etna!)

DIANA

Cierto que sois muy discreto,
y lo fingís de manera
que lo tuve por verdad.

CARLOS

Cortesanía fue vuestra
el fingiros engañada,
por favorecer con ella;
que con eso habéis cumplido
con vuestra naturaleza
y la obligación del día,
pues fingiendo la cautela
de engañaros, porque a mí
me dais crédito con ella,
favorecéis el ingenio
y despreciáis la fineza.

DIANA

(Bien agudo ha sido el modo
de motejarme de necia;
mas así le he de engañar.)
Venid, pues, y aunque yo sepa
que es fingido, proseguid,
que eso a estimaros me empeña
con más veras.

CARLOS

¿De qué suerte?

DIANA

Hace a mi desdén más fuerza
la discreción que el amor,

y me obligáis más con ella.

CARLOS

(¡Quién no entendiese tu intento!
Yo le volveré la flecha.)

DIANA

¿No proseguís?

CARLOS

No, señora.

DIANA

¿Por qué?

CARLOS

Me ha dado tal pena
el decirme que os obligo,
que me ha hecho perder la senda
del fingirme enamorado.

DIANA

Pues vós ¿qué perder pudierais
en tenerme a mí obligada
con vuestra atención discreta?

CARLOS

Arriesgarme a ser querido.

DIANA

Pues ¿tan mal os estuviera?

CARLOS

Señora, no está en mi mano;
y si yo en eso me viera,
fuera cosa de morirme.

DIANA

(¡Que esto escuche mi belleza!)
Pues ¿vós presumís que yo
puedo quererlos?

CARLOS

Vós mesma
decís que la que agradece
está de querer muy cerca;

pues quien confiesa que estima,
¿qué falta para que quiera?

DIANA

Menos falta para injuria
a vuestra loca soberbia;
y eso poco que le falta,
pasando ya de grosera,
quiero excusar en dejaros.
Idos.

CARLOS

Pues ¿cómo a la fiesta
queréis faltar? ¿Puede ser
sin dar causa a otra sospecha?

DIANA

Ese riesgo a mí me toca.
Decid que estoy indispuesta,
que me ha dado un accidente.

CARLOS

Luego con eso licencia
me dais para no asistir.

DIANA

Si os mando que os vais, ¿no es fuerza?

CARLOS

Me habéis hecho un gran favor.
Guarde Dios a Vuestra Alteza.
Vase.

DIANA

¿Qué es lo que pasa por mí?
¡Tan corrida estoy, tan ciega,
que si supiera algún medio
de triunfar de su soberbia,
aunque arriesgara el respeto,
por rendirle a mi belleza,
a costa de mi decoro
comprara la diligencia!

Sale Polilla.

POLILLA

¿Qué es esto, señora mía?
¿Cómo se ha aguado la fiesta?

DIANA
Hame dado un accidente.

POLILLA
Si es cosa de la cabeza,
dos parches de tacamaca,
y que te traigan las piernas.

DIANA
No tienen piernas las damas.

POLILLA
Pues por esa razón misma
digo yo que te las traigan.
Mas ¿qué ha sido tu dolencia?

DIANA
Aprieto del corazón.

POLILLA
¡Jesús! Pues si no es más de esa,
sangrarte y purgarte luego,
y echarte unas sanguijuelas,
dos docenas de ventosas,
y al instante estarás buena.

DIANA
Caniquí, yo estoy corrida
de no vencer la tibieza
de Carlos.

POLILLA
Pues ¿eso dudas?
¿Quieres que por ti se pierda?

DIANA
Pues ¿cómo se ha de perder?

POLILLA
Hazle que tome una renta.
Pero, de veras hablando,
tú, señora, ¿no deseas
que se enamore de ti?

DIANA

Toda mi corona diera
por verle morir de amor.

POLILLA

Y ¿es eso cariño o tema?
La verdad, ¿te entra el Carlillos?

DIANA

¿Qué es cariño? Yo soy peña.
Para abrasarle a desprecios,
a desaires y a violencias,
lo deseo sólo.

POLILLA

(¡Zape!
Aún está verde la breva;
mas ella madurará,
como hay muchachos y piedras.)

DIANA

Yo sé que él gusta de oír
cantar.

POLILLA

Mucho, como sea
la Pasión o algún buen salmo
cantado con castañetas.

DIANA

¿Salmo? ¿Qué dices?

POLILLA

Es cosa,
señora, que esto le eleva.
Lo que es música de salmos,
pierde su juicio por ella.

DIANA

Tú has de hacer por mí una cosa.

POLILLA

¿Qué?

DIANA

Abierta hallarás la puerta
del jardín; yo con mis damas
estaré allí, y, sin que él sepa
que es cuidado, cantaremos;
tú has de decir que le llevas
porque nos oiga cantar,
diciendo que, aunque le vean,
a ti te echarán la culpa.

POLILLA

Tú has pensado brava treta,
porque en viéndote cantar
se ha de hacer una jalea.

DIANA

Pues ve a buscarle al momento.

POLILLA

Llevaréle con cadena.
A oír cantar irá el otro
tras un entierro; mas sea
buen tono.

DIANA

¿Qué te parece?

POLILLA

Alguna cosa burlesca
que tenga mucha alegría.

DIANA

¿Como qué?

POLILLA

Un requiem aeternam.

DIANA

Mira que voy al jardín.

POLILLA

Pues ponte como una Eva,
para que caiga este Adán.

DIANA

Allá espero.

Vase.

POLILLA

¡Norabuena,
que tú has de ser la manzana
y has de llevar la culebra!
Señores, ¡que estas locuras
ande haciendo una Princesa!
Mas, quien tiene la mayor,
¿qué mucho que estotras tenga?
Porque las locuras son
como un plato de cerezas,
que en tirando de la una,
las otras se van tras ella.
Sale Carlos.

CARLOS

¿Polilla amigo?

POLILLA

Carlos, ¡bravo cuento!

CARLOS

Pues ¿qué ha habido de nuevo?

POLILLA

Vencimiento.

CARLOS

Pues tú ¿qué has entendido?

POLILLA

Que, para enamorarte, me ha pedido
que te lleve al jardín, donde has de vella
más hermosa y brillante que una estrella,
cantando con sus damas;
que, como te imagina duro tanto,
ablandarte pretende con el canto.

CARLOS

¿Eso hay? Mucho lo estraño.

POLILLA

Mira si es liviandad de buen tamaño,
y si está ya harto ciega,
pues esto hace y de mí a fiarlo llega.

Tañen dentro.

CARLOS

Ya escucho el instrumento.

POLILLA

Esta ya es tuya.

CARLOS

Calla, que cantan ya.

POLILLA

Pues ¡aleluya!

Cantan.

Olas eran de zafir

las del mar sola esta vez,

con el que siempre le aclaman

los mares segundo rey.

POLILLA

Vamos, señor.

CARLOS

¿Qué dices? Que yo muero.

POLILLA

Deja eso a los pastores del Arcadia

y vámonos allá, que esto es primero.

CARLOS

Y ¿qué he de hacer?

POLILLA

Entrar y no miralla

y divertirte con la copia bella

de flores; y aunque ella

se haga rajas cantando, no escuchalla,

por que se abraze.

CARLOS

No podré emprendello.

POLILLA

¿Cómo no? ¡Vive Cristo que has de hacello,

o te tengo de dar con esta daga

que traigo para eso, que esta llaga

se ha de curar con escozor.

CARLOS

No intentes

eso, que no es posible que lo allanes.

POLILLA

Señor, tú has de sufrir polvos de Joanes,
que toda el alma tienes ya podrida.

Cantan dentro.

CARLOS

Otra vez cantan; oye, por tu vida.

POLILLA

¡Pesia mi alma, vamos,
no en eso tiempo pierdas!

CARLOS

Atendamos,

que luego entrar podemos.

POLILLA

Allá, desde más cerca, escucharemos.

¡Anda con Barrabás!

CARLOS

Oye primero.

POLILLA

Has de entrar, ¡vive Dios!

CARLOS

Oye.

POLILLA

No quiero.

Métele a empujones.

Salen Diana y todas las Damas
en guardapieses y justillos, cantando.

DAMAS

Olas eran de zafir

las del mar sola esta vez,

con el que siempre le aclaman

los mares segundo rey.

DIANA

¿No habéis visto entrar a Carlos?

CINTIA

No sólo no le hemos visto,
mas ni aun de que venir pueda
en el jardín hay indicio.

DIANA

Laura, ten cuenta si viene.

LAURA

Ya yo, señora, lo miro.

DIANA

Aunque arriesgue mi decoro,
he de vencer sus desvíos.

LAURA

Cierto, que estás tan hermosa,
que ha de faltarle el sentido
si te ve y no se enamora.
Mas, señora, ya le he visto,
ya está en el jardín.

DIANA

¿Qué dices?

LAURA

Que con Caniquí ha venido.

DIANA

Pues volvamos a cantar,
y sentaos todas conmigo.

Siéntanse todas, y salen Polilla y Carlos.

POLILLA

No te derritas, señor.

CARLOS

Polilla, ¿no es un prodigio
su belleza? En aquel traje
doméstico es un hechizo.

POLILLA

¡Qué bravas están las damas
en guardapiés y justillo!

CARLOS

¿Para qué son los adornos
donde hay sin ellos tal brío?

POLILLA

Mira: éstas son como el cardo,
que el hortelano advertido
le deja las pencas malas,
que, aunque no son de servicio,
abultan para venderle;
pero, después de vendido,
sólo se come el cogollo.
Pues las damas son lo mismo:
lo que se come es aquesto,
que el moño y el artificio
de las faldas son las pencas
que se echan a los borricos.
Pero vuelve allá la cara,
no mires, que vas perdido.

CARLOS

Polilla, no he de poder.

POLILLA

¿Qué llamas no? ¡Vive Cristo
que has de meterte la daga
si vuelves!
Pónele la daga a la cara.

CARLOS

Ya no la miro.

POLILLA

Pues la estás oyendo, engaña
los ojos con los oídos.

CARLOS

Pues vámonos alargando,
porque si canta, el no oírlo
no parezca que es cuidado,
sino divertirme el sitio.

CINTIA

Ya te escucha, cantar puedes.

DIANA

Ansí vencerle imagino.

Cantan.

El que sólo de su abril
escogió mayo cortés,
por gala de su esperanza,
las flores de su desdén...

DIANA

¿No ha vuelto a oír?

LAURA

No, señora.

DIANA

¿Cómo no? Pues ¿no me ha oído?

CINTIA

Puede ser, porque está lejos.

CARLOS

En toda mi vida he visto
más bien compuesto jardín.

POLILLA

Vaya deso, que eso es lindo.

DIANA

El jardín está mirando:
¿este hombre está sin sentido?
¿Qué es esto? Cantemos todas
para ver si vuelve a oírnos.
Cantan todas.

A tan dichoso favor
sirva tan florido mes;
por gloria de sus trofeos,
rendido le bese el pie.

CARLOS

¡Qué bien hecho está aquel cuadro
de sus armas! ¡Qué pulido!

POLILLA

Harto más pulido es eso.

DIANA

¡Que esto escucho! ¡Que esto miro!

¿Los cuadros está alabando
cuando yo canto?

CARLOS

No he visto
hiedra más bien enlazada.
¡Qué hermoso verde!

POLILLA

Eso pido:
date en lo verde, que engordas.

DIANA

No me ha visto o no me ha oído.
Laura, al descuido le advierte
que estoy yo aquí.
Levántase Laura.

CINTIA

(Este capricho
la ha de despeñar a amar.)

LAURA

Carlos, estad advertido
que está aquí dentro Diana.

CARLOS

Tiene aquí un famoso sitio:
los laureles están buenos;
pero entre aquellos jacintos,
aquel pie de guindo afea.

POLILLA

¡Oh, qué lindo pie de guindo!

DIANA

¿No se lo advertiste, Laura?

LAURA

Ya, señora, se lo he dicho.

DIANA

Ya no yerra de ignorancia;
pues ¿cómo está divertido?

Pasan por delante dellas,
llevándole Polilla la daga junto a
la cara, por que no vuelva.

POLILLA

Señor, por aquesta calle
pasa sin mirar.

CARLOS

Rendido
estoy a mi resistencia;
volver temo.

POLILLA

¡Ten, por Cristo,
que te herirás con la daga!

CARLOS

Yo no puedo más, amigo.

POLILLA

Hombre, mira que te clavas.

CARLOS

¿Qué quieres? Ya me he vencido.

POLILLA

Vuelve por estotro lado.

CARLOS

¿Por acá?

POLILLA

Por allá digo.

DIANA

¿No ha vuelto?

LAURA

Ni lo imagina.

DIANA

Yo no creo lo que miro;
Fenisa, ve tú al descuido,
y vuelve a darle el aviso.
Levántase Fenisa.

POLILLA
Otro correo dispara,
mas no dan lumbre los tiros.

FENISA
¿Carlos?

CARLOS
¿Quién llama?

POLILLA
¿Quién es?

FENISA
Ved que Diana os ha visto.

CARLOS
Admirado desta fuente,
en verla me he divertido
y no había visto a Su Alteza;
decid que ya me retiro.

DIANA
¡Cielos! sin duda se va.
Oíd, escuchad, a vós digo.
Levántase.

CARLOS
¿A mí, señora?

DIANA
Sí, a vós.

CARLOS
¿Qué mandáis?

DIANA
¿Cómo, atrevido,
habéis entrado aquí dentro,
sabiendo que en mi retiro
estaba yo con mis damas?

CARLOS

Señora, no os había visto:
la hermosura del jardín
me llevó, y perdón os pido.

DIANA

(Esto es peor, que aun no dice
que para escucharme vino.)
Pues ¿no me oísteis?

CARLOS

No, señora.

DIANA

No es posible.

CARLOS

Un yerro ha sido,
que sólo enmendarse puede
con no hacer más el delito.

Vase.

CINTIA

Señora, este hombre es un tronco.

DIANA

Dejadme, que sus desvíos
el sentido han de quitarme.

CINTIA

(Laura, esto va ya perdido.

LAURA

Si ella no está enamorada
de Carlos, ya va camino.)

Vase.

DIANA

¡Cielos! ¿Qué es esto que veo?
Un Etna es cuanto respiro.
¡Yo despreciada!

POLILLA

Eso sí,
¡pesia su alma!, dé brincos.

DIANA
¿Caniquí?

POLILLA
¿Señora mía?

DIANA
¿Qué es esto? ¿Este hombre no vino
a escucharme?

POLILLA
Sí, señora.

DIANA
Pues ¿cómo no ha vuelto a oílo?

POLILLA
Señora, es loco de atar.

DIANA
Pues ¿qué respondió o qué dijo?

POLILLA
Es vergüenza.

DIANA
Dilo, pues.

POLILLA
Que cantabais como niños
de escuela y que no quería
escucharos.

DIANA
¿Eso ha dicho?

POLILLA
Sí, señora.

DIANA
¿Hay tal desprecio?

POLILLA

Es un bobo.

DIANA
¡Estoy sin juicio!

POLILLA
No hagas caso...

DIANA
¡Estoy mortal!

POLILLA
Que es un bárbaro.

DIANA
Eso mismo
me ha de obligar a rendirle,
si muero por conseguirlo.

Vase.

POLILLA
¡Buena va la danza, alcalde,
y da en la albarda el granizo!

JORNADA TERCERA

Salen Carlos, Polilla, Don Gastón y el de Bearne.

BEARNE
Carlos, nuestra amistad nos da licencia
de valernos de vós para este intento.

CARLOS
Ya sabéis que es segura mi obediencia.

BEARNE
En fee de eso, os consulto el pensamiento.

POLILLA
Va de consulta, y salga la propuesta,
que todo lo demás es molimiento.

BEARNE

Ya vós sabéis que no ha quedado fiesta,
fineza, obstentación, galantería,
que no haya sido de los tres compuesta
para vencer la injusta antipatía
que nos tiene Diana, sin debella
ni aun lo que debe dar la cortesía.
Pues habiendo salido vós con ella,
la obligación y el uso de la suerte,
por no favoreceros, atropella,
y la alegría del festín convierte
en queja de sus damas y en desprecio
de nosotros, si el término se advierte.
Y de nuestro decoro haciendo aprecio,
más que de nuestro amor, nos ha obligado
solamente a vencer su desdén necio;
y el gusto quedará desempeñado
de los tres, si la viésemos vencida
de cualquiera de todos al cuidado.
Para esto, pues, traemos prevenida
yo y don Gastón la industria que os diremos,
que si a esta flecha no quedare herida,
no queda ya camino que intentemos.

CARLOS

¿Qué es la industria?

D. GASTÓN

Que pues para estos días
todos por suerte ya damas tenemos,
prosigamos en las galanterías
todos sin hacer caso de Diana,
pues ella se escusó con sus porfías.
Que si a ver llega su altivez tirana,
por su desdén, su adoración perdida,
si no de amante, se ha de herir de vana;
y en conociendo indicios de la herida,
nuestras finezas han de ser mayores,
hasta tenerla en su rigor vencida.

POLILLA

No es ése mal remedio, mas, señores,
eso es lo mismo que a cualquier doliente
el quitarle la cena los doctores.

BEARNE

Pero si no es remedio suficiente,
cuando no alivie o temple la dolencia,
sirve de que no crezca el accidente.
Si a Diana la ofende la decencia
con que la festejamos, porfialla
sólo será crecer su resistencia.
Ya no queda más medio que dejalla;
pues si la ley que dio Naturaleza
no falta en ella, así hemos de obligalla,
porque en viendo perdida la fineza
la dama, aun de aquel mismo que aborrece,
sentirlo es natural en la belleza.
Que la veneración de que carece,
aunque el gusto cansado la desprecia,
la vanidad del alma [la] apetece;
y si le falta lo que el alma aprecia,
aunque lo calle allá su sentimiento,
la estará a solas condenando a necia.
Y cuando no se logre el pensamiento
de obligarla a querer, en que lo sienta
queda vengado bien nuestro tormento.

CARLOS

Lo que, ofendido, vuestro amor intenta,
por dos causas de mí queda acetado:
una, el ser fuerza que ella lo consienta,
porque eso su desdén nos ha mandado;
y otra, que, sin amor, ese desvío
no me puede costar ningún cuidado.

BEARNE

Pues la palabra os tomo.

CARLOS

Yo la fío.

BEARNE

Y aun de Diana el nombre a nuestro labio
desde aquí le prohíba el albedrío.

D. GASTÓN

Ese contra el desdén es medio sabio.

CARLOS

Digo que de mi parte lo prometo.

BEARNE

Pues vós veréis vengado nuestro agravio.

D. GASTÓN

Vamos y, aunque se ofenda su respeto,
en festejar las damas prosigamos
con más finezas.

CARLOS

Yo el desvío aceto.

BEARNE

Pues si a un tiempo todos la dejamos,
cierto será el vencerla.

CARLOS

Ansí lo creo.

BEARNE

Vamos, pues, don Gastón.

D. GASTÓN

Bearne, vamos.

BEARNE

Logrado habéis de ver nuestro deseo.

Vanse.

POLILLA

Señor, esta es brava traza
y medida a tu deseo,
que esto es echarte el ojeo,
por que tú mates la caza.

CARLOS

Polilla, ¡mujer terrible!
¡Que aun no quiera tan picada!

POLILLA

Señor, ella está abrasada,
mas rendirse no es posible.
Ella te quiere, señor,
y dice que te aborrece,
mas lo que ira le parece

es quintaesencia de amor;
porque, cuando una mujer
de los desdenes se agravia,
bien puede llamarlo rabia,
mas es rabiar por querer.
Día y noche está tratando
cómo vengar su congoja;
mas no temas que te coja,
que ella te dará bien blando.

CARLOS

¿Qué dice de mí?

POLILLA

Te acusa,
dice que eres un grosero,
desatento, majadero.
Y yo, que entiendo la musa,
digo: «Señora, es un loco,
un sucio»; y ella después
vuelve por ti y dice: «No es,
que ni tanto ni tan poco».
En fin, por que sus desvelos
no se logren, yo imagino
que ahora toma otro camino
y quiere picarte a celos.
Conoce tú la varilla;
y si acaso te la echa,
disimula y di a la flecha,
riendo: «Hágote cosquilla»,
que ella te se vendrá al ruego.

CARLOS

¿Por qué?

POLILLA

Porque, aunque se enoje,
quien cuando siembra no coge,
va a pedir limosna luego;
esto es, señor, evidencia.
Lope, el fénix español,
de los ingenios el sol,
lo dijo en este sentencia:
«Quien tiene celos y ofende,
¿qué pretende?
La venganza de un desdén;

y si no le sale bien,
vuelve a comprar lo que vende.»
Mas ya los príncipes van
sus músicas previniendo.

CARLOS
Irme con ellos pretendo.

POLILLA
Con eso juego te dan.

CARLOS
Diana viene.

POLILLA
Pues cuidado
y escápate.

CARLOS
Voyme luego.

Vase.

POLILLA
Vete, que, si nos ve el juego,
perderemos lo envidado.

Cantan dentro, y va saliendo Diana.

MÚSICOS
Pastores, Cintia me mata;
Cintia es mi muerte y mi vida;
yo de ver a Cintia vivo
y muero por ver a Cintia.

DIANA
¡Tanta Cintia!

POLILLA
Es el reclamo
del bearnés.

DIANA
¡Finezas necias!
Aparte.

POLILLA

Todo esto es echar especias
al guisado de mi amo.

DIANA

Por no ver estas contiendas
de que a sus damas alaben,
deseo ya que se acaben
aquestas Carnestolendas.

POLILLA

Eso es ya rigor tirano.
Deja, señora, querer,
si no quieres; que eso es ser
el perro del hortelano.

DIANA

Pues ¿no es cosa muy cansada
oír músicas precisas
de Cintias, Lauras, Fenisas,
cada instante?

POLILLA

Si te enfada
ver tu nombre en verso escrito,
¿qué han de hacer sino cintiar,
laurear y fenisar,
que dianar es delito?
Y el bearnés tan fino está
con Cintia, que está en su pecho,
que una gran décima ha hecho.

DIANA

Y ¿cómo dice?

POLILLA

Allá va.
«Cintia el mandamiento quinto
quebró en mí, como saeta;
Cintia es la que a mí me aprieta,
y yo soy de Cintia el cinto.
Cintia y cinta no es distinto;
y pues Cintia es semejante
a cinta, soy fino amante,
pues traigo cinta en la liga.
Y esta décima la diga

Cintor el representante.»

DIANA

Bien por cierto; mas ya suena
otra música.

POLILLA

Y galante.

DIANA

Ésta será de otro amante.

POLILLA

Reventando está de pena.
Aparte.

MÚSICOS

No iguala a Fenisa el fénix,
que, si él muere y resucita,
Fenisa da vida y mata;
más que el fénix es Fenisa.

DIANA

¡Qué finos están!

POLILLA

¡Jesús!
Mucha cosa, y aún mi pecho.
Oye lo que a Laura he hecho.

DIANA

¿También das músicas?

POLILLA

Pus.
Laura, en rigor, es laurel;
y pues Laura a mí me plugo,
yo tengo de ser besugo,
por escabecharme en él.

DIANA

Y Carlos ¿no me pudiera
dar música a mí también?

POLILLA

Si él llegara a querer bien,

sin duda se te atreviera;
mas él no ama, y tú el concierto
de que te dejase hiciste,
con que al punto que dijiste:
«Id con Dios», vio el Cielo abierto.

DIANA

Que lo dije así confieso;
mas él porfiar debía,
que aquí es cortés la porfía.

POLILLA

Pues ¿cómo puede ser eso,
si a las fiestas han de ir,
y es desprecio de su fama
no ir un galán con su dama,
y tú no quieres salir?

DIANA

¿Que pudiera ser no infieres
que saliese yo con él?

POLILLA

Sí, señora, pero él
sabe poco de poderes.
Mas ya galanes y damas
a las fiestas van saliendo;
cierto que es un mayo ver
las plumas de los sombreros.

DIANA

Todos vienen con sus damas,
y Carlos viene con ellos.

POLILLA

(Señores, si esta mujer,
viendo ahora este desprecio,
no se rinde a querer bien,
ha de ahorcarse, como hay Credo.)

Salen todos los galanes con sus damas,
y ellos y ellas con sombreros y plumas.

MÚSICOS

A festejar sale Amor
sus dichosos prisioneros,

dando plumas sus penachos
a sus arpones soberbios.

BEARNE

Príncipes, para picarla
es este el postrer remedio.

D. GASTÓN

Mostrarnos finos importa.

CARLOS

Mi fineza es el despego.

BEARNE

Cada instante, Cintia hermosa,
me olvido de que soy vuestro,
porque no creo a mi suerte
la dicha que la merezco.

CINTIA

Más dudo yo, pues presumo
que el ser tan fino es empeño
del día, y no del amor.

BEARNE

Salir del día deseo
por venceros esa duda.

D. GASTÓN

Y vos, si dudáis lo mesmo,
veréis pasar mi fineza
a los mayores extremos,
cuando sólo deuda sea
de la fee con que os venero.

DIANA

Nadie se acuerda de mí.

POLILLA

Yo por ninguno lo siento,
sino por aquel menguado
de Carlos, que es un soberbio.
¿Tiene él algo más que ser
muy galán y muy discreto,
muy liberal y valiente,
y hacer muy famosos versos

y ser un príncipe grande?
Pues ¿qué tenemos con esto?

BEARNE
Conde de Fox, no perdamos
tiempo para los festejos
que tenemos prevenidos.

D. GASTÓN
Tan feliz día logremos.

DIANA
¡Qué tiernos van!

POLILLA
Son menguados.

DIANA
Pues ¿es malo el estar tiernos?

POLILLA
Sí, que es cosa de capones.

BEARNE
Proseguid el dulce acento
que nuestra dicha celebra.

CARLOS
Yo seré imán de sus ecos.

Vanse pasando por delante de Diana, sin reparar en ella.

MÚSICOS
A festejar sale Amor
sus dichosos prisioneros, etc.

DIANA
¡Qué finos van y qué graves!

POLILLA
¿Sabes qué parecen éstos?

DIANA
¿Qué?

POLILLA

Priores y abadesas.

DIANA

Y Carlos se va con ellos...
Sólo dél siento el desdén;
pero de abrasarle a celos
es ésta buena ocasión...
Llámale tú.

POLILLA

Ah, caballero!

CARLOS

¿Quién llama?

POLILLA

Appropinquación
ad parlandum.

CARLOS

¿Con quién?

POLILLA

Mecum.

CARLOS

Pues ¿para eso me llamas,
cuando ves que voy siguiendo
este acento enamorado?

DIANA

¿Vós enamorado? ¡Bueno!
Y ¿de quién lo estáis?

CARLOS

Señora,
también yo aquí dama llevo.

DIANA

¿Qué dama?

CARLOS

Mi libertad,
que es a quien yo galanteo.

DIANA

Cierto que me había dado
gran susto.
Aparte.

POLILLA
¡Bueno va esto!
Ya está más allá de Illescas
para llegar a Toledo.

DIANA
¿La libertad es la dama?
¡Buen gusto tenéis, por cierto!

CARLOS
En siendo gusto, señora,
no importa que no sea bueno,
que la voluntad no tiene
razón para su deseo.

DIANA
Pero ahí no hay voluntad.

CARLOS
Sí hay tal.

CONDE
O yo no lo entiendo,
o no la hay; que no se puede
dar voluntad sin sujeto.

CARLOS
El sujeto es el no amar,
y voluntad hay en esto;
pues si quiero no querer,
ya quiero lo que no quiero.

DIANA
La negación no da ser,
que sólo el entendimiento
le da al ente de razón
un ser fingido y supuesto;
y así es esa voluntad,
pues sin causa no hay efecto.

CARLOS
Vós, señora, no sabéis

lo que es querer; y así en esto
será lisonja deciros
que ignoráis el argumento.

DIANA

No ignoro tal, que el discurso
no ha menester los efectos
para conocer las causas,
pues sin la experiencia dellos
las ve la filosofía;
pero yo ahora lo entiendo
con experiencia también.

CARLOS

Pues ¿vós queréis?

DIANA

Lo deseo.

POLILLA

(¡Cuidado, que va apuntando
la varita de los celos!
Úntate muy bien las manos
con aceite de desprecios,
no se te pegue la liga.)

DIANA

(Si éste tiene entendimiento,
se ha de abrasar, o no es hombre.)

POLILLA

(Eso fuera a no estar hecho
él defensivo y pegado.)

CARLOS

De oíros estoy suspenso.

DIANA

Carlos, yo he reconocido
que la opinión que yo llevo
es ir contra la razón,
contra el útil de mi reino,
la quietud de mis vasallos,
la duración de mi imperio.
Viendo estos inconvenientes,
he puesto a mi pensamiento

tan forzosos silogismos,
que le he vencido con ellos.
Determinada a casarme,
apenas cedió el ingenio
al poder de la verdad
su sofisticado argumento,
cuando vi, al abrir los ojos,
que la nube de aquel yerro
le había quitado al alma
la luz del conocimiento.
El Príncipe de Bearne,
mirado sin pasión

POLILLA

(¡Helos!
¡Al aceite, que traen liga!)

DIANA

...es tan galán caballero,
que merece la atención
mía, que harto lo encarezco.
Por su sangre, no hay ninguno
de mayor merecimiento;
por sus partes, no le iguala
el más galán, más discreto.
Lo afable en los agasajos,
lo humilde en los rendimientos,
lo primoroso en finezas,
lo generoso en festejos,
nadie lo tiene como él.
Corrida estoy de que un yerro
me haya tenido tan ciega,
que no viese lo que veo.

CARLOS

(Polilla, aunque sea fingido,
¡vive Dios que estoy muriendo!

POLILLA

¡Aceite, pesia mi alma,
aunque te manches con ello!)

DIANA

Y así, Carlos, determino
casarme; mas antes quiero,
por ser tan discreto vós,

consultaros este intento.
¿No os parece que el de Bearne
que será el más digno dueño
que dar puedo a mi corona?
Que yo por el más perfeto
le tengo de todos cuantos
me asisten. ¿Qué sentís dello?
Parece que os demudáis.
¿Estrañáis mi pensamiento?

Aparte.

Bien he logrado la herida,
que del semblante lo infiero;
todo el color ha perdido:
eso es lo que yo pretendo.

POLILLA
(¡Ah, señor!

CARLOS
Estoy sin alma.

POLILLA
Sacúdete, majadero,
que se te pega la liga.)

DIANA
¿No me respondéis? ¿Qué es eso?
Pues ¿de qué os habéis turbado?

CARLOS
Me he admirado, por lo menos.

DIANA
¿De qué?

CARLOS
De que yo pensaba
que no pudo hacer el cielo
dos sujetos tan iguales,
que estén a medida y peso
de unas mismas cualidades
sin diferencia compuestos,
y lo estoy viendo en los dos,
pues pienso que estamos hechos

tan debajo de una causa,
que yo soy retrato vuestro.
¿Cuánto ha, señora, que vós
tenéis ese pensamiento?

DIANA

Días ha que está trabada
esta batalla en mi pecho,
y desde ayer me he vencido.

CARLOS

Pues aqueso mismo tiempo
ha que estoy determinado
a querer, ello por ello.
Y también mi ceguedad
me quitó el conocimiento
de la hermosura que adoro;
digo, que adorar deseo,
que cierto que lo merece.

DIANA

(Sin duda logré mi intento.)
Pues bien podéis declararos,
que yo nada os he encubierto.

CARLOS

Sí, señora, y aun hacer
vanidades del acierto.
Cintia es la dama.

DIANA

¿Quién? ¿Cintia?

POLILLA

(¡Ah, buen hijo! Como diestro,
herir por los mismos filos,
que esa es doctrina del negro.)

2410

CARLOS

¿No os parece que he tenido
buena elección en mi empleo?
Porque ni más hermosura
ni mejor entendimiento
jamás en mujer he visto.
Aquel garbo, aquel sosiego,
su agrado, ¿no hace dichosa

mi pasión? ¿Qué sentís dello?
Parece que os he enojado.

DIANA
(Toda me ha cubierto un hielo.)

CARLOS
¿No respondéis?

DIANA
Me ha dejado
suspensa el veros tan ciego,
porque yo en Cintia no he hallado
ninguno desos extremos:
ni es agradable, ni hermosa,
ni discreta, y ese es yerro
de la pasión.

CARLOS
¿Hay tal cosa?
Hasta ahí nos parecemos.

DIANA
¿Por qué?

CARLOS
Porque a vós de Cintia
se os encubre el rostro bello,
y del de Bearne a mí
lo galán se me ha encubierto;
conque somos tan iguales,
que decimos mal a un tiempo:
yo, de lo que vós queréis,
y vós, de lo que yo quiero.

DIANA
Pues si es gusto, cada uno
siga el suyo.

CARLOS
(Malo es esto.)

POLILLA
Encima viene la tuya:
no se te dé nada de eso.)

CARLOS

Pues ya, con vuestra licencia,
iré, señora, siguiendo
aquel eco enamorado;
que el disfrazaros mi intento
fue temor, que ya he perdido,
sabiendo que mi deseo,
en la ocasión y el motivo,
es tan parecido al vuestro.

DIANA

¿Vais a verla?

CARLOS

Sí, señora.

DIANA

(¡Sin mí estoy! ¿Qué es esto, cielos?)

POLILLA

(Para largo, que la pierde.)

CARLOS

Adiós, señora.

DIANA

Teneos,
aguardad. ¿Por qué ha de ser
tan ciego un hombre discreto,
que ha de oponer un sentido
a todo un entendimiento?
¿Qué tiene Cintia de hermosa?
¿Qué discursos, qué conceptos
os la han fingido discreta?
¿Qué garbo tiene? ¿Qué aseo?

POLILLA

(Cinco, seis y encaje, cuenta,
señor, que la va perdiendo
hasta el codo.)

CARLOS

¿Qué dices?

DIANA

Que ha sido mal gusto el vuestro.

CARLOS

¿Malo, señora? Allí va
Cintia; miralda, aun de lejos,
y veréis cuántas razones
da su hermosura a mi acierto.
Mirad en lazos prendido
aquel hermoso cabello,
y si es justo que en él sea
yo el rendido y [él] el preso.
Mirad en su frente hermosa
cómo junta el rostro bello,
bebiendo luz a sus ojos,
sol, luna, estrellas y cielo.
Y en sus dos ojos mirad
si es digno y dichoso el hierro
que hace esclavos a los míos,
aunque ellos sean los negros.
Mirad el sangriento labio,
que, fino coral vertiendo,
parece que se ha teñido
en la herida que me ha hecho;
aquel cuello de cristal,
que, por ser de garza el cuello,
al cielo de su hermosura
osa llegar con el vuelo;
aquel talle tan delgado,
que yo pintarle no puedo,
porque es él más delicado
que todos mis pensamientos.
Yo he estado ciego, señora,
pues sólo ahora lo veo;
y del pesar de mi engaño
me paso a loco, de ciego:
pues no he reparado aquí
en tan grande desacierto
como alabar su hermosura
delante de vós. Mas desto
perdón os pido, y licencia
de ir a pedírsela luego
por esposa a vuestro padre,
ganando también a un tiempo
del Príncipe de Bearne
las albricias de ser vuestro.

Vase.

DIANA

¿Qué es ésto, dureza mía?
Un volcán tengo en mi pecho.
¿Qué llama es esta que el alma
me abrasa? Yo estoy ardiendo.

POLILLA

(Alto, ya cayó la breva,
y dio en la boca por yerro.)

DIANA

¿Caniquí?

POLILLA

Señora mía,
¿hay tan grande atrevimiento?
¿Por qué con él no embestiste
y le arrancaste a este necio
todas las barbas a araños?

DIANA

Yo pierdo el entendimiento.

POLILLA

Pues pierde también las uñas.

DIANA

¡Caniquí, este es un incendio!

POLILLA

Eso no es sino bramante.

DIANA

¿Yo arrastrada de un soberbio?
¿Yo rendida de un desvío?
¿Yo sin mí?

POLILLA

Señora, quedo,
que eso parece querer.

DIANA

¿Qué es querer?

POLILLA

Serán torreznos.

DIANA
¿Qué dices?

POLILLA
Digo de amor.

DIANA
¿Cómo amor?

POLILLA
No, sino huevos.

DIANA
¡Yo amor!

POLILLA
Pues ¿qué sientes tú?

DIANA
Una rabia y un tormento.
No sé qué mal es aqueste.

POLILLA
Venga el pulso, y lo veremos.

DIANA
Déjame, no me enfurezcas;
que es tanto el furor que siento,
que aun a mí no me perdono.

POLILLA
¡Ay, señora! Vive el cielo
que se te ponen azules
las venas, y es mal agüero.

DIANA
Pues ¿de aqueso qué se infiere?

POLILLA
Que es pujamiento de celos.

DIANA
¿Qué dices, loco, villano,
atrevido, sin respeto?

¿Celos yo? ¿Qué es lo que dices?
¡Vete de aquí! ¡Vete luego!

POLILLA
Señora...

DIANA
¡Vete, atrevido,
o haré que te arrojen luego
de una ventana!

POLILLA
¡Agua va!
Voyme, señora, al momento,
que no soy para vaciado.
(Madre de Dios, ¡cuál la dejo!
Voyme, que, donde hay pañal,
el caniquí tiene riesgo.)

Vase.

DIANA
¿Fuego en mi corazón? No, no lo creo.
Siendo de mármol, ¿en mi pecho helado
pudo encenderse? No, miente el cuidado.
Pero ¿cómo lo dudo, si lo veo?

Yo deseé vencer, por mi trofeo,
un desdén. Pues si es quien me ha abrasado
fuego de amor, ¿qué mucho que haya entrado
donde abrieron las puertas al deseo?

Deste peligro no advertí el indicio,
pues para echar el fuego en otra casa
yo le encendí, en la mía hizo su oficio.

No admire, pues, mi pecho lo que pasa;
que quien quiere encender un edificio
suele ser el primero que se abrasa.

Sale el de Bearne.

BEARNE
Gran vitoria he conseguido,
si mi dicha es cierta ya;
mas aquí Diana está.

A vuestras plantas rendido,
señora, perdón os pido
de venir tan arrojado
con la nueva que me han dado;
que yo pienso que aun es poco,
siendo vuestro, el venir loco
de un favor imaginado.

DIANA

No os entiendo, ¿habláis conmigo?
¿Qué favor decís?

BEARNE

Señora,
el de Urgel me ha dicho ahora
que dél ha sido testigo,
y que yo el laurel consigo
de ser vuestro.

DIANA

Necio fue,
si os dijo lo que no sé,
y vós si lo habéis creído.

BEARNE

Ya lo dudó mi sentido,
mas quien lo creyó es mi fee.
Que, como milagro fuera
de vós el tener piedad,
os negara el ser deidad,
si mi amor no lo creyera.
En el pecho que os venera,
haber más fee es más trofeo;
y pues fee ha sido el deseo
de imaginaros deidad,
perdonad mi necedad
por la fee con que lo creo.

DIANA

Pues ¿no es más atrevimiento
creeros digno de mi amor?

BEARNE

No, que vós, con el favor,
podéis dar merecimiento;
y en esto mi pensamiento,

antes que en mí el merecer,
creyó de vós el poder.

DIANA

Y ¿él os ha dicho ese error?

BEARNE

Sí, señora.

DIANA

(Esto es peor
que lo que acaba de hacer,
porque supone estar yo
despreciada, y él amante,
pues al Príncipe al instante
el aviso le llevó;
que él nunca lo hiciera, no,
si a mí me quisiera bien.
Amor, la furia detén,
pues ya mi pecho has postrado,
que en él este hombre ha labrado
el desdén con el desdén.)

BEARNE

Señora, yo el modo erré
de acetar vuestro favor
y lo que fuera mejor;
enmendando el yerro, iré
a vuestro padre, y diré
la gracia que os he debido,
y rogaré agradecido
que interceda en mi pasión,
por mi dicha y el perdón
de haber andado atrevido.

Vase.

DIANA

¿Qué es esto que me sucede?
Yo me quemo, yo me abraso;
mas si es venganza de Amor,
¿por qué su rigor extraño?
Esto es amor, porque el alma
me lleva el desdén de Carlos.
Aquel hielo me ha encendido;
que Amor su deidad mostrando,

por castigar mi dureza,
ha vuelto la nieve en rayos.
Pues ¿qué he de hacer, ay de mí,
para enmendar este daño
que en vano el pecho resiste?
El remedio es confesarlo.
¿Qué digo? ¿Yo publicar
mi delito con mi labio?
¿Yo decir que quiero bien?
Mas Cintia viene: el recato
de mi decoro me valga;
que tanto tormento paso
en el ardor que padezco,
como en haber de callarlo.
Salen Cintia y Laura.

CINTIA

Laura, no creo mi dicha.

LAURA

Pues la tienes en la mano,
lógjala, aunque no la creas.

CINTIA

Diana, el justo agasajo
que, por ser tu sangre yo,
te he debido, ahora aguardo
que sea con tu favor
el que requiere mi estado.
Carlos, señora, me pide
por esposa, y en él gano
un logro para el deseo,
para mi nobleza un lauro.
Enamorado de mí,
pide, señora, mi mano;
sólo tu favor me falta
para la dicha que aguardo.

DIANA

(Esto es justicia de Amor.
¡Uno tras otro el agravio!
¿Ya no me doy por vencida?
¿Qué más quieres, dios tirano?)

CINTIA

¿No me respondes, señora?

DIANA

Estaba, Cintia, mirando
de qué modo es la fortuna
en sus inciertos acasos.
Anhela un pecho infeliz,
con dudas y sobresaltos,
diligencias y deseos,
por un bien imaginado;
sólo porque le desea,
huye dél, y es tan ingrato,
que de otro que no le busca
se va a poner en la mano.
Yo, de su desdén herida,
procuré rendir a Carlos,
obliguéle con favores,
hice finezas en vano:
siempre en él hallé un desvío;
y sin buscarle tu halago,
lo que huyó de mi deseo
se va a rendir a tus brazos.
Yo estoy ciega de ofendida,
y el favor que me has rogado
que te dé, te pido yo
para vengar este agravio.
Llore Carlos tu desprecio,
sienta su pecho tirano
la llama de tu desvío,
pues yo en la suya me abraso.
Véngame de su soberbia,
hállete su amor de mármol;
pene, suspire y padezca
en tu desdén, y llorando
sufra...

CINTIA

Señora, ¿qué dices?
Si él conmigo no es ingrato,
¿por qué he de dar yo un castigo
a quien me hace un agasajo?
¿Por qué me has de persuadir
lo que tú estás condenando?
Si en él su desdén no es bueno,
también en mí será malo.
Yo le quiero, si él me quiere.

DIANA

¿Qué es quererle? ¿Tú de Carlos
amada, yo despreciada?

¿Tú con él casarte, cuando
del pecho se está saliendo
el corazón a pedazos?

¿Tú logrando sus cariños,
cuando su desdén helado,
trocando efecto la causa,
abrasa mi pecho a rayos?
Primero, ¡viven los cielos!,
fueran las vidas de entrambos
asunto de mi venganza,
aunque con mis propias manos
sacara a Carlos del pecho,
donde, a mi pesar, ha entrado,
y para morir con él
matara en mí su retrato.

¿Carlos casarse contigo,
cuando yo por él me abraso,
cuando adoro su desvío
y su desdén idolatro?

Pero ¿qué digo? ¡Ay de mí!

¿Yo así mi decoro ultrajo?

Miente mi labio atrevido,
miente; mas él no es culpado,
que si está loco mi pecho,
¿cómo ha de estar cuerdo el labio?

Mas yo me rindo al dolor,
para hacer de uno dos daños.

Muera el corazón y el pecho,
y viva de mi recato

la entereza, Cintia amiga:
si a ti te pretende Carlos,
si da Amor a tu descuido
lo que niega a mi cuidado,
cásate con él, y logra
casto amor en dulces lazos.

Yo sólo quise vencerle,
y éste fue un empeño vano
de mi altivez, que ya veo
que fue locura intentarlo,
siendo acción de la fortuna;
pues, como se ve en sus casos,
siempre consigue el dichoso
lo que intenta el desdichado.

El ser querida una dama
de quien desea no es lauro,
sino dicha de su estrella;
y cuando yo no la alcanzo,
no se infiere que no tengo
en mi hermosura y mi aplauso
partes para merecello,
sino suerte para hallarlo.
Y pues yo no la he tenido
para lo que he deseado,
lógcala tú, que la tienes:
dale de esposa la mano,
y triunfe tu corazón
de sus rendidos halagos.
Enlace... Pero ¿qué digo,
que me estoy atravesando
el corazón? No es posible
resistir a lo que paso.
Toda el alma se me abrasa.
¿Para qué, cielos, lo callo,
si por los ojos se asoma
el incendio que disfrazo?
Yo no puedo resistirlo.
Pues, cuando lo mienta el labio,
¿cómo ha de encubrir el fuego
que el humo está publicando?
Cintia, yo muero: el delirio
de mi desdén me ha llevado
a este mortal precipicio
por la senda de mi engaño.
El Amor, como deidad,
mi altivez ha castigado:
que es niño para las burlas
y dios para los agravios.
Yo quiero, en fin, ya lo dije,
y a ti te lo he confesado,
a pesar de mi decoro,
porque tienes en tu mano
el triunfo que yo deseo.
Mira si, habiendo pasado
por la afrenta del decirlo,
te estará bien el dejarlo.

Vase.

LAURA

¡Jesús! El cuento del loco.
Él por él está pasando.

CINTIA
¿Qué dices, Laura, qué dices?

LAURA
Viendo prohibido el plato,
Diana se ahitó de amor
y del desdén ha sanado.

CINTIA
¡Ay, Laura! Pues ¿qué he de hacer?

LAURA
¿Qué, señora? Asegurarlo,
y al de Bearne, que es fijo,
no soltarle de la mano
hasta ver en lo que para.

CINTIA
Calla, que aquí viene Carlos.
Salen Polilla y Carlos.

POLILLA
Las unciones del desprecio,
señor, la vida le han dado.
¡Gran cura hemos hecho en ella!

CARLOS
Si es cierto, gran triunfo alcanzo.

POLILLA
Haz cuenta que ya está sana,
porque queda babeando.

CARLOS
Y ¿has conocido que quiere?

POLILLA
¿Cómo querer? Por San Pablo,
que me vine huyendo della,
porque la vi querer tanto,
que temí que echase el resto
y me destruyese.

CINTIA
¿Carlos?

CARLOS
¿Cintia hermosa?

CINTIA
Vuestra dicha
logra ya triunfo más alto
que el que en mi mano pretende.
Vuestro descuido ha triunfado
del desdén que no ha vencido
en Diana el agasajo
de los príncipes amantes.
Ella os quiere; y yo me aparto
de mi esperanza, por ella
y por vós, si es vuestro el lauro.

CARLOS
¿Qué es lo que decís, señora?

CINTIA
Que ella me lo ha confesado.

POLILLA
¡Toma, si purga, señor!
No hay en la botica emplasto
para las mujeres locas
como un parche de mal trato.
Mas aquí su padre viene,
y los príncipes: ¡al caso,
señor, y aunque esté rendida,
declárate con resguardo!

Salen el Conde de Barcelona y los príncipes.

CONDE
Príncipe, vós me dais tan buena nueva,
que es justo que os la acete, y aunque os deba
lo que a vuestra persona,
pago en daros mi hija y mi corona.

D. GASTÓN
Pues aunque yo, señor, no haya tenido
la dicha que Bearne ha conseguido,
siempre estaré contento

de que él haya logrado el vencimiento
que tanto he deseado,
por la parte que debe a mi cuidado;
y el parabién le doy deste trofeo.

CARLOS

Y también le admitid de mi deseo.

BEARNE

Carlos, yo le recibo,
y el mío os apercibo,
pues en Cintia lográis tan digno dueño,
que envidiara el empeño,
a no lograr el mío.
Sale Diana al paño.

DIANA

¿Dónde me lleva el loco desvarío
de mi pasión? Yo estoy muriendo, cielos,
de envidias y de celos.
Mas los príncipes todos se han juntado,
y mi padre con ellos;
sin alma llevo a vellos,
pues si su fin no alcanza,
yo tengo de morir con mi esperanza.

CONDE

Carlos, pues vós pedís a mi sobrina,
yo, pagando el deseo que os inclina,
os ofrezco su mano;
y pues tanto sosiego en esto gano,
háganse juntas todas
las bodas de Diana y vuestras bodas.

DIANA

¡Cielos, yo estoy mi muerte imaginando!

POLILLA

(Señor, Diana allí te está escuchando,
y has menester un modo muy discreto
de declararte, por que tenga efeto,
que va con condiciones el partido,
y, si yerras el cabe, vas perdido.)

CARLOS

Yo, señor, a Barcelona

vine, más que a pretender,
a festejar de Diana
la hermosura y el desdén;
y aunque es verdad que de Cintia
el hermoso rosicler
amaneció en mi deseo
a la luz del querer bien,
la entereza de Diana,
que tan de mi genio fue,
ha ganado en mi albedrío
tanto imperio, que no haré
cosa que no sea su gusto,
porque la hermosa altivez
de su desdén me ha obligado
a que yo viva por él;
y puesto que haya pedido
mi amor a Cintia, ha de ser
siendo así su voluntad,
pues la mía suya es.

CONDE

Pues ¿quién duda que Diana
de eso muy contenta esté?

POLILLA

Eso lo dirá Su Alteza,
por hacerme a mí merced.

DIANA

Sale.

Sí diré. Pero, señor,
¿vós contento no estaréis,
si yo me caso, que sea
con cualquiera de los tres?

CONDE

Sí, que todos son iguales.

DIANA

Y vosotros ¿quedaréis
de mi elección ofendidos?

BEARNE

Tu gusto, señora, es ley.

D. GASTÓN

Y todos la obedecemos.

DIANA

Pues el príncipe ha de ser
quien dé a mi prima la mano;
y quien a mí me la dé,
el que vencer ha sabido
el desdén con el desdén.

CARLOS

Y ¿quién es éste?

DIANA

Tú solo.

CARLOS

Dame ya los brazos, pues.

POLILLA

Y mi bendición os caiga,
por siempre jamás, amén.

BEARNE

Pues ésta, Cintia, es mi mano.

CINTIA

Contenta quedo también.

LAURA

Pues tú, Caniquí, eres mío.

POLILLA

Sacúdanse todos bien,
que no soy sino Polilla:
¡mamóla vuesa merced!
Y con esto, y con un vitor
que pide, humilde y cortés,
el ingenio, aquí se acaba
El desdén, con el desdén.

FIN